

Es propiedad
de V. de Lalama.

BIBLIOTECA
DRAMÁTICA.

Se venden
Cuesta y Perez.

EL ARTISTA VALE MAS.

Drama en cuatro actos, original de D. José Maria de Vivancos, para representarse en Madrid, el año de 1859.

PERSONAGES.

ERNESTO, primer actor.
DAVID, prestamista judío.
EL MARQUÉS DE MONTE-SANTO.
JULIO, su hijo.
PEDRO, criado de Ernesto.
EL BARON DEL SAUCE.
EL VIZCONDE DE OLMEDILLA.
LAURENCIO, periodista.
UN CRIADO del Marqués.
UN MOZO del teatro.
UN TRASPUNTE.
EL AUTOR de la compañía.
ACTORES 1.^o y 2.^o
SOFIA, sobrina del Marqués.
LA BARONESA DEL OLMO.
SEÑORAS 1.^a y 2.^a
ACTRICES 1.^a y 2.^a
UNA VOZ DE MUJER.
Acompañamiento de ambos sexos.

ACTO PRIMERO.

Gran salón de dos fondos, ambos iluminados con esplendidez y adornados para un baile, en casa del Marqués. El primero hacia el proscenio, es el de descanso; el segundo, separado por el anterior por tres grandes puertas, es el del baile, en el que se verán cruzar muchas damas y caballeros, é infinidad de criados con licra, llevando refrescos, etc.

ESCENA PRIMERA.

EL BARON, el VIZCONDE y LAURENCIO; Damas y caballeros al foro.

BARON. Magnífica fiesta!
VIZ. Suntuosa!
LAU. El Marqués se ha escedido.
BARON. Y la solemnidad no es suya.
LAU. Cómo?
VIZ. El Baron dice bien. No sabes, Laurencio, la ocasión que motiva este baile?
LAU. Un aniversario de familia. (con preponderancia.)
BARON. Si, pero con una pequeña variación.

VIZ. Conforme con tu sistema de periodista, te has equivocado.

LAU. Ya empezamos? (un poco incómodo.)

VIZ. Es que la adorable pupila entra en su mayor edad; y el Marqués se despide de su tutoria, abriéndole una senda de flores que inaugure su emancipación.

BARON. Creo descubrir alguna cosa mas en las intenciones del Marqués.

LAU. Mostrarle el mundo para que le aborrezca y encerrarla despues por convicción en un convento?

BARON. Estas inspirado. (riendo.)

VIZ. La fuerza de la costumbre. (id.)

LAU. Ea pues, hasta de charadas.

BARON. Ven acá, torpe; no conoces que le es mas util casarla?

LAU. Habrá pensado en nosotros? (con petulancia.)

VIZ. En los tres? (con jovialidad.)

LAU. Yo soy su amigo...

BARON. Bravo!

VIZ. Eres modesto.

LAU. Soy joven, instruido, elegante... (satisfecho.)

BARON. Y periodista.

LAU. Eso es. (afirmando.)

BARON. Capital?..

LAU. Mucho amor...

VIZ. Pobre mercancía!

LAU. Y mucho talento.

BARON. Eso es justicia.

VIZ. Total, cero.

BARON. No es mejor para ella y para el Marqués, una alianza interna?

LAU. Interna?

BARON. Si, de familia.

VIZ. Con su hijo, por ejemplo.

LAU. Vale menos que muchos otros; y si su padre no nos diera este baile y un buen servido ambigú, algo mas me permitiria decir.

VIZ. Qué desinterés!..

BARON. La joven es rica, muy rica, y de ese modo todo se quedaba como está, sin que lenguas murmuradoras pudiesen poner en duda la integridad de sus cuentas.

LAU. Ese es un ágio...

VIZ. Que no nos importa nada; bástenos con disfrutar

de la fiesta; Julio es un buen muchacho, que gasta como un Nabát, y seria hacerle traicion atentar contra sus intereses.

LAU. Seguramente! La felicidad es una utópia! Los lazos del corazon una mentira! Dinero! Todo lo demas es nada! Cuantos errores!

BARON. Cuánta moral, digo yo, tan poco á propósito!

VIZ. Hacia aquí viene el futuro.

BARON. De él podremos averiguar si nuestras sospechas son fundadas.

ESCENA II.

Dichos y JULIO por el foro.

JUL. Cómo tan solos, amigos míos? Así abandonais los salones, donde tantas bellezas vierten arómas de voluptuosidad, en la atmósfera en que se agitan?

BARON. Fatigados de la danza, hemos querido darle tréguas, para volver de nuevo.

VIZ. Pero á nuestra vez pudiéramos hacerte idéntica pregunta.

JUL. Oh! yo es distinto! Ante todo, no hay novedad para mí en esta clase de reuniones, que ya me hastian; despues, todas esas mugeres no valen por si mismas sino el cumplido de una frase equívoca, con la cual ya se creen poseedoras de mi corazon y de mi título.

LAU. (Habrá fátuo.)

VIZ. Con que ninguna te seduce?

JUL. Qué palabra has ido á buscar! Seducir! Acaso un hombre como yo, que se aprecia en lo que vale, puede dejarse seducir por una sonrisa ni por un suspiro?

BARON. Pues ese es el camino del amor.

JUL. El amor! Otra antigüedad, espulsada con vilipendio de nuestro círculo elegante; el amor está reservado para las boardillas ó para el mostrador, en donde se compra por poco y se renueva á menudo.

VIZ. Buena ocurrencia!

LAU. (Digna de un tonto! Yo valgo mucho mas!)

BARON. Pues con esas ideas no pensarás en casarte!

JUL. Y qué tiene que ver el amor con el matrimonio? Sí, me casaré, y no creo que tarde mucho; pero por razon de Estado; por cuestion de intereses supremos, y casi por caridad.

VIZ. Casarse por caridad, es cosa poco común!

JUL. Por eso lo acepto; mi pobre prima, que no ha merecido de la fortuna heredar un blason, quiere comprar con sus millones el derecho de poner un escudo en la portezuela de su coche, y una consideracion que no le prestaria el ser rica solamente.

LAU. (Eso es mentira!)

BARON. Vamos, entonces esta fiesta nos anuncia otra, para dentro de poco. Pnes te felicito. (*dándole la mano.*)

VIZ. Y yo igualmente. (*idem.*)

LAU. (Pues yo no le felicito!)

JUL. Y vos, Laurencio?

LAU. Qué?

JUL. Calle! Qué distraido! En qué estais pensando?

LAU. En los pabos reales; tienen las plumas muy bellas; pero la carne muy sosa. (*con intencion.*)

JUL. Tiene chiste el pensamiento!

LAU. Soy periodista.

JUL. Satírico?.. (*burlandose.*)

LAU. Agudo! Agudo nada mas!

BARON. No le hagas caso, Julio; ese es su caracter, y todo lo mira á través de un cristal de aumento, que lo deslumbra muchas veces.

JUL. Si, haciendo del mundo una catalineta.

LAU. (En donde tú eres el mono.) (*música dentro.*)

VIZ. La orquesta preludia; quereis que volvamos adentro?

BARON. Por mi parte no hay inconveniente.

JUL. Yo me quedo; en breve seré con vosotros.

BARON. Pues adios.

VIZ. Hasta luego. (*vanse.*)

JUL. (*Laurencio que va á seguirlos, es detenido por Julio.*) No me dais la mano, filósofo en ciernes? Yo reconozco la distancia que nos separa. (*con doblada intencion.*)

LAU. Yo tambien la reconozco. (*lo mismo; vase.*)

ESCENA III.

JULIO, solo.

Me divierte este hombre, que representa en nuestros salones el papel de bufon, y que creyendo reir á costa de los demás, proporciona un pasatiempo á los que le estudian.

ESCENA IV.

JULIO, y el MARQUÉS.

MAR. Estabas aqui?

JUL. Me habeis hecho llamar.

MAR. Quería hablarte.

JUL. Convenid conmigo, en que la ocasion no es la mas á propósito:

MAR. Todas las ocasiones son buenas, cuando la precision obliga.

JUL. Qué sucede?

MAR. Demasiado lo sabes; hace muchos dias que sin cesar te ruego enmiendes tu conducta y modifiques tus costumbres, las que sin embargo son escandalosas como antes; está avocado el desenlace de una série de trabajos continuos y de desvelos incesantes; y cuando no exijo de ti sino una poca de galanteria y sumision, te empeñas en permanecer altivo y desdeñoso con tu prima...

JUL. Que es una muger, como todas las demás, y que aqui para entre nosotros, no tiene ni aun la pretension de querer agradarme, lo cual lisongea mi orgullo en las que desdeño á cada paso.

MAR. Por lo mismo es necesario vencer esa repugnancia y ese desden; Sofia no se parece á las demás mugeres; sabe que vale lo bastante para encontrar un buen partido, y desprecia esos blasones que á ti te engrien, y que juzgas suficientes para comprarlo todo.

JUL. Otra razon mas para resfriar mis ilusiones, si alguna vez las hubiera alimentado; no estoy conforme con esas imaginaciones volcánicas, que creen encontrarlo todo en la idealidad de su sueños, y que ven en los artistas los seres privilegiados, dignos de culto y de admiracion; las artes, ya que han dado en llamar asi las ocupaciones mas viles, son un patrimonio de la nobleza, que las paga para sus comodidades y sus placeres; á esto está reducida su mision, y no sé por qué se ha de divinizar en nuestro siglo á un embadurnador de lienzo ó á un histrion, que encubre sus vulgares defectos bajo el oropel que adorna su manto de bayeta.

MAR. No es mi intencion contradecir tus ideas, aun cuando te diga que no estamos conformes; la sociedad obra en eso como le parece, y todos vivimos esclavos de la sociedad; pero los que como tú, y para sostener sus aristocráticos defectos bajo del manto de su grandeza, han derrochado el patrimonio de sus padres, tienen que transigir y ser tolerantes, cuando esa tolerancia les puede proporcionar la rehabilitacion de su crédito y su fortuna.

JUL. Segun eso, nos hallamos?..

MAR. Muy próximos á la ruina; tu casamiento con Sofia es nuestro solo recurso, y por esto quiero que se lleve á cabo, sin que un orgullo mal entendido te aleje de mis planes, que son por tu bien y para tu provecho.

JUL. Es decir, que yo soy el que debo mendigar de esa niña, el favor de que acepte mi título y mi nombre?

MAR. Siempre lo mismo!

JUL. Y quién es ella para levantarse á tan alto? Porque su padre, vuestro hermano, segundo de familia, enlodando su procedencia, se dedicó al comercio é hizo un caudal en remotas regiones, su hija se habrá de llamar marquesa, y ser admitida entre las personas de calidad? Esto es ridiculo, irritante.

MAR. Pero forzoso, ó mañana verás en venta tus trenes y tus caballos, y hasta esta casa en que naciste, para pagar á mis acreedores.

JUL. Os habeis empeñado en asustarme!

MAR. Porque te digo la verdad?

JUL. No; porque la pintais con exagerados colores.

MAR. Pues un momento de vacilacion puede acarrear la certidumbre de que son demasiado ciertos.

JUL. Renunciar á mi libertad!

MAR. El hombre siempre es libre!

JUL. A mi opinion! A mi fama!

MAR. De calavera y de seductor, no es asi? Tus pocos años no te han dicho todavia la hiel que dejan en el corazon esos mentidos placeres! El remordimiento que incensante nos tortura el alma, cuando á solas con nosotros mismos nos damos cuenta de nuestro pasado, viéndole lleno de sombras que no se desvanecen, víctimas de nuestras locuras, que nos señalan impasibles un castigo de que no nos podemos librar.

JUL. Por Dios, padre! (con empacho.)

MAR. Está bien; no continuaré mortificándote, porque tampoco me comprenderias. Vuelve al salon en busca de tu prima, y procura asir la tabla en tu próximo naufragio.

CRIADO. (anunciando.) El señor David Abenatar, pide permiso para hablar á vuestra escelencia.

MAR. David! Qué significa?.. (con estrañeza.)

JUL. Quién es ese hombre?

MAR. Mi primer acreedor; déjame solo con él.

JUL. Le vais á recibir? (admirado.)

MAR. Me es indispensable! Tú impide que nadie llegue hasta nosotros. Que pase. (al criado, que se vá por el foro.— Julio por el fondo.)

ESCENA V.

EL MARQUÉS y DAVID.

DAV. Cuánta gente! Cuánto lujo!

MAR. Señor David, me sorprende esta visita.

DAV. Debiais esperarla, sin embargo.

MAR. No me parece que es hora de negocios, ni aqui se encuentra mi despacho.

DAV. Lo cual quiere decir, que no he recibido esquila de convite, y que soy un intruso.

MAR. Si lo tomais asi...

DAV. No me desmentireis; bueno, muy bueno.— Pero como entre conocidos antiguos no hay que guardar etiquetas, he creido hallar una bonita ocasion para hacerme cargo por mi mismo del estado de vuestra casa, y de su menage; no me desagrada lo que he visto, y casi voy entrando en codicia de hacerme gran señor por un par de meses, para disfrutar á mis anchas de las comodidades del lujo.

MAR. Muy insolente venis, á juzgar...

DAV. Por mis palabras?.. Qué quereis! Los hombres

de negocios no sabemos esplicarnos sino en nuestro idioma, que si no es florido, por lo menos es claro, y como claro, breve.

MAR. Concluyamos.

DAV. No me propongo ser muy conciso.

MAR. Entonces, pasaremos á otra habitacion.

DAV. Nada de eso; los convidados danzan sin cuidarse de nosotros, y yo quiero establecer aqui mi torpe de vigia.

MAR. Venis á espiar á alguno en mi casa?

DAV. No, vengo á espiar vuestra casa de las asechanzas de alguno.

MAR. Qué significa?..

DAV. No me preguntéis, pues no es hora de negocios, ni aqui se encuentra vuestro despacho. (repitiendo con ironia las palabras del Marqués.)

MAR. Hablad lo que querais!

DAV. Enhorabuena; ya varia la cuestion.— Cuánto tiempo hace que nos conocemos?

MAR. Qué tiene que ver?..

DAV. Servios contestarme.

MAR. Cerca de treinta años.

DAV. Recordais las circunstancias que produjeron nuestra amistad?

MAR. Cómo? (ofendido.)

DAV. Nuestra amistad! (acentuándolo con intencion.)

MAR. Me hicisteis un servicio; yo os le pagué, y negocio concluido.

DAV. Tarde y mal; no obstante, como hombre laborioso, con el producto de aquel trabajo, emprendi algunos negocios que acrecentaron mi pequeña fortuna; seguí en mi empresa, y á los veinte años alcancé á juntar en mis arcas una suma, fabulosa para el principio que reconocia.

MAR. Esa historia...

DAV. Está ligada con la del Marqués de Monte-Santo.

MAR. Cómo?

DAV. De esta manera. Cuando os presentásteis á mi la primera vez, no sabiendo á quiéu os dirigiais, os franqueé mis fondos, mas que por el interés que se estipuló, porque me creí obligado á auxiliar con mis bienes al que me habia servido de base para juntarlos. Llevado de una generosidad, que nunca me perdonaré, el documento que se estendió no reunia ciertos requisitos, y mi deudor tuvo la suficiente habilidad para hacerlo nulo, y yo perdí mi dinero. Aquello fué una estafa.

MAR. Señor David!

DAV. Hablamos de negocios, y en los de esta especie la franqueza es muy necesaria.

MAR. Continúa.

DAV. El demonio que tiene sus protegidos, puso á vuestro lado un genio del mal, que es vuestro hijo; orgulloso, jugador, engreido; en fin, un tipo de moralidades; no tuvisteis entereza para negarle nada, y poco á poco desconcertó vuestros asuntos, teniendo que recurrir á mi en muchas ocasiones, para que os prestára sumas, que no me habeis devuelto, y que constituyen un inmenso capital; pero estas veces, no como en la primera, tuve buen cuidado de asegurarme, y tengo en mi poder todo lo que me hace falta para un despojo, que haga mio lo que pasa por vuestro.

MAR. Cómo! Osareis?..

DAV. Recoger mis intereses, por cualquier camino? Seguramente que si.

MAR. Me he negado por ventura á haceros la devolucion?

DAV. No, pero no me la haceis.

MAR. Estoy realizando algunas ventas, y...

DAV. Lo que estais, es buscando dinero por otro lado, que no encontráis, porque no soy solo vuestro acreedor.

MAR. Y suponiendo que cuanto acabais de decir fuese cierto, creéis por eso?..

DAV. Que estais arruinado; que mañana los mas listos efectuarán un embargo, y que yo quiero ser de ese número.

MAR. Pues no lograreis vuestro propósito, porque dentro de pocos dias caso á mi hijo con mi pupila, entrando á disfrutar su cuantiosa herencia, con la cual podré pagaros, asi como á todos vuestros indignos compañeros.

DAV. Gracias, señor marqués! Cómo han cambiado los tiempos! No pareéis el mismo! Pero en fin, esto no es del caso, yo no apunto en mis libros los epitetos que me prodigan; lo que busco es dinero. Con que casais á vuestro hijo? No es mal partido la señorita Sofia, si es que lograis atraparle; podrá ser cierto, pero lo dudo!

MAR. Dudais de mis palabras?

DAV. Me habeis dado tantas, sin que me hayais cumplido ninguna!

MAR. Acabemos de una vez.

DAV. Si, acabemos; por mi parte he satisfecho mi último deber, y aun quiero hacer algo mas. Ahora voy á acercarme á la señorita Sofia, y á indagar con sutileza el estado de su corazon.

MAR. Cómo? Llevareis vuestra audacia?..

DAV. Descuidad; nadie me conoce; mi porte no es del todo malo, y he aprendido algunas frases pomposas que me harán pasar por hombre de algun concepto.

MAR. Id pues, pero sin olvidar la distancia que hay entre el marqués de Monte-Santo y el usurero David.

DAV. La misma que mediaba entre el señor Eduardo el retratista; y el judío Abenatar. (*vase por el foro.*)

ESCENA VI.

EL MARQUÉS, solo.

Apurada situacion! Este hombre es capaz de todo, y todo lo temo de él; sugeto á su voluntad por un hilo invisible, que forma una página de mi vida, es dueño á la vez de mi fortuna y de mi reputacion! Es preciso pagar, y para efectuarlo no hay mas camino que el casamiento de Julio! Cómo vencer la entereza de Sofia! Cómo domeñar la condicion de mi hijo! Hacia aqui vienen juntos; les dejaré en libertad, y quiera el cielo favorecer mis designios. (*vase por distinto lado.*)

ESCENA VII.

JULIO, y SOFIA.

SOF. Os repito, señor heredero, que un nombre esclarcido, no es mas que un nombre, el cual no proporciona ni concepto, ni admiracion.

JUL. Todo lo grande lo escita.

SOF. Y dónde está la grandeza de nuestros nobles modernos? Consiste en ufanarse con las glorias de sus predecesores, y hacer alarde de títulos heredados, que vemos hoy caducar bajo el anatema de la razon y del buen sentido?

JUL. Durante muchas generaciones ha imperado la grandeza, y su dominio no ha muerto todavia.

SOF. Lo cual prueba, que morirá mañana; hay enfermedades que obran con lentitud, engañando con apariencias de vida, y el dia menos pensado hacen sucumbir al enfermo, sin darle lugar para decir un adios á los que le rodean.

JUL. No es la época en que vivimos ciertamente, la que está llamada á regenerar las formas sociales.

SOF. Al contrario; la época en que vivimos es la que ha de redimir al mundo de los lunares que la aberracion y la ignorancia dejaron caer sobre el derecho del hombre; la época en que vivimos es la que levanta estatuas al génio, y no reconoce mas aristocrácia legítima, que la del saber, porque emana de Dios, principio de toda sabiduria.

JUL. No está al alcance de todos elevarse sobre los demás; y por eso el envidioso inventa sofismas para defender sus absurdos.

SOF. Y quiénes son los envidiosos? Almas pequeñas y cobardes, que quieren guarecer con la apariencia la podredumbre de su mezquina condicion! Elevarse! Hay cosa mas fácil por ventura?

JUL. En vuestro mundo de los artistas? (*con mofa.*)

SOF. En el vuestro, caballero; la nobleza se hereda... ó se busca; el talento, no se compra.

JUL. Segun eso, si os propusieran un marido noble?..

SOF. Consultaría si lo era en el corazon; y si se lo hallase vacío, volveria la espalda mofándome de sus pretensiones.

JUL. Entonces, á qué aspirais? (*con desden.*)

SOF. Que á qué aspiro?.. Preguntas teneis, primo mio, que me harian rabiar, si no me hiciesen reir!

JUL. Cómo?

SOF. Seguramente. Pues no me conoceis? No sabeis que yo desdeno lo que vos adorais? No habeis conocido en mi, que mi corazon es mayor que mi cuerpo, y que para doblegar mi voluntad y mi albedrio, necesito, no un ídolo de barro, sino una espiritualidad?

JUL. Un artista! (*con desprecio.*)

SOF. Un artista, si; porque en ellos, bajo la torpe materia, vive la inspiracion, el entusiasmo, el dón para las grandes creaciones, ante que inclina su cerviz la multitud asombrada.

JUL. Os felicito por la eleccion; mi padre, que no participa de vuestras ideas, habia concebido otras, mas dignas de la hija de su hermano; pero sois mayor de edad, y por consiguiente, dueña de entregar vuestra mano y vuestra fortuna, al primero de esos bribones que tenga el suficiente cálculo para apropiarse la una y la otra.

SOF. Caballero!

JUL. Mas no esperéis jamás que mi padre consienta en semejantes amores, ni mucho menos que deje profanar su casa con la presencia de uno de esos miserables!

CRIADO. (*anunciando.*) La señora Baronesa del Olmo y el señor Ernesto de la Cruz. (*vase.*)

ESCENA VIII.

Dichos, la BARONESA y ERNESTO.

SOF. (*Ah!*)

JUL. (*El cómico de moda! Qué insolencia!*)

BAR. Querida mia, me perdonaréis la libertad que me he tomado de suplicar á Ernesto me acompañase; segura como lo estoy, de que el Marqués tendrá sumo placer en conocerle.—Buenas noches, Julio.—El señor Julio de Monte-Santo, heredero de este título.—El señor Ernesto de la Cruz, primer actor de nuestra escena, y una de las joyas del arte. (*presentándolos mutuamente.*)

ERN. Caballero! (*saludando á Julio.*)

JUL. (*sin hacer caso del saludo de Ernesto.*) Señora Baronesa, á mi padre solamente toca hacer los honores en su casa, y admitir en ella ó no, á las personas que le son presentadas. Con permiso vuestro, voy á avisarle. (*Oh! Esto es demasiado, y merece por tanto un escarmiento.*) (*al irse.*)

ESCENA IX.

Dichos, menos JULIO.

BAR. Qué significa ese arranque, querida mia?

SOF. Esto significa, que mi primo y yo cuestionábamos cuando llegasteis; había quedado vencido en la discusión; y contrariado en su orgullo, ha obedecido á su humor traviliario.

BAR. Lo juzgáis así?

SOF. Y estoy segura de ello.

BAR. Y vos, Ernesto?

ERN. Yo, señora, no debo anticipar un juicio que me desfavorece; además, he encontrado en mi vida de artista, tantas ocasiones para purificar mi alma en el crisol del desengaño; que este no haría mas que aumentar el número de aquellos, recordándome quién soy y lo que soy.

SOF. Aun admitiendo vuestra opinión, caballero, no todos en esta casa participan de las debilidades de mi primo.

ERN. Sé, señorita, que me habeis honrado antes de ahora en casa de la señora Baronesa con vuestra esquisita atención; pero desgraciadamente no es la muger la que traza el camino á las costumbres, aconteciendo con harta frecuencia, á la que guarda un alma superior á las de su sexo, que al rechazar las preocupaciones de la estudiada rutina; recibe en cambio amargas censuras, y no pocas defecciones de cuantos la rodean.

BAR. Vamos, querido Ernesto; deponed esas ideas, y puesto que la ocasion os brinda, prestad ensanche al corazón, y aprovechad de la fiesta para gozar algunas horas.

ERN. Haré por obedeceros.

BAR. Aunque nada me decis acerca de la noticia que circula entre las personas que os son mas allegadas? (á Sofia.)

SOF. Cómo? De qué noticia habláis?

BAR. Me han dicho que el Marqués trataba de casaros.

SOF. Y lo habeis creído?

BAR. El proyecto no es un disparate!

SOF. Si, porque el hombre que sea de mi elección, no obtendrá nunca la del Marqués.

ERN. (Ah!)

BAR. No os entiendo.

SOF. He nacido con un corazón independiente, y no pienso sacrificar mi juventud y mi fortuna á los caprichos de un fátuo, cuyo mérito consista nada mas que en su escudo de armas.

ERN. Según eso, señorita, conoceis al candidato?

SOF. Creo adivinarlo, y puedo asegurar que ni alhagos ni amenazas me harán volver de la resolución que he tomado.

BAR. Cuidado, niña; reflexionad con prudencia en un asunto á que está ligado el porvenir, la paz, y á veces hasta el honor.

SOF. Confío en Dios y en mis amigos, que me auxiliarán con sus consejos.

BAR. Podeis contar con los míos y con el cariño que los inspira.

SOF. Y vos, caballero, os negareis?..

ERN. Teneis sobrado talento, señorita, para obedecer á ajenas inspiraciones; yo, sin rechazar tan honroso título, de que me juzgo indigno, tengo la precisión de enmudecer; el mundo interpretaría á su sabor mi franqueza, añadiendo quizá una acusación vergonzosa, y quiero no defenderme, sino defenderos de sus mordaces tiros.

SOF. Os entiendo; pero hay en mi la suficiente altivez

para pasar por medio de ese mundo, despreciando sus inectivas.

BAR. Pues yo reclamo mi parte de confianza; mas como no creo ésta la ocasión mejor para confesiones por el estilo, la aplazo para otro día, y con vuestro permiso, escoltada por Ernesto, voy á dar una vuelta por el salón.

SOF. En ellos encontrareis al Marqués.

ERN. Señorita! (saludando.)

SOF. Hasta luego. (vanse Ernesto y la Baronesa.)

ESCENA X.

SOFIA sola, después de una pausa.

He dicho hasta luego; y sin embargo, no le quisiera encontrar; he obedecido á un impulso del corazón, y casi viene á ser una cita mi imprudente despedida. Por qué, yo que me siento tan altiva para arrostrar los manejos del Marqués, y para humillar la vanidad de su hijo, ante ese hombre me miro tan pequeña, y tiemblo en su presencia, y late mi corazón como queriendo romper la cárcel que lo esclaviza? Qué enigma es este? No quisiera investigarlo, porque oigo una voz que me grita en lo mas profundo de mi alma... eso es amor, Sofia; eso es amor! Será posible? Le amaré sin saberlo? Y qué tiene de extraño! El no se parece á esa generalidad estúpida que nace y muere dentro del círculo de un pensamiento y de una idea; no; su talento le enaltece; su inteligencia lo eleva; su génio arrebatá; la espresion del sentimiento en sus labios, fascina, y siempre brilla en sus ojos la inspiración creadora, que fabrica un mundo con solo decir, lo quiero.—Si, si, ese hombre es mi destino, y yo soy pequeña para merecerle.—Miserable condición la de la muger honrada! Sufrir y callar! Luchar y morir! Esta es su suerte, que no logra vencer con todo el imperio de la voluntad mas decidida! — En fin, luchemos, y acaso mañana... Quién viene? Los amigos de Julio! Qué ridícula comparsa! (apartándose á un extremo, para no ser vista hasta su tiempo.)

ESCENA XI.

SOFIA, el BARON, el VIZCONDE y LAURENCIO.

BARON. La ocurrencia es chistosísima!

VIZ. Parece inconcebible!

BARON. Mas él no tiene la culpa.

VIZ. Es verdad; la escéntrica Baronesa...

BARON. Le ha dado por los artistas!

VIZ. Y reñe en su casa, invitados por ella misma, á todos cuantos se hacen notar por cualquier estilo.

BARON. Pero en fin, esto ameniza la función.

VIZ. Si, y puede que represente.

SOF. Cómo? (comprendiendo la burla.)

BARON. Alguna tragedia?

VIZ. O algun entremés.

BARON. Y tú, Laurencio, nada dices?

LAU. Yo no puedo.

VIZ. Por qué?

LAU. Tengo mis razones.

BARON. Cuáles?

LAU. Y de mucha importancia.

VIZ. Vamos, el cómico le pagará á buen precio sus artículos laudatorios...

SOF. (Cuánta pequeñez!)

BARON. Hemos acertado?

LAU. No habeis acertado.

VIZ. Pues qué es?

LAU. Es que... yo... protejo las artes... y como soy periodista... y tengo butaca... (con algun embarazo.)

BARON. Gratuita.

LAU. Aplaudo siempre.

VIZ. y BARON. Ja, ja, ja!..

SOF. (Cuánta miseria!)

BARON. Buena ocasion para que nos presentes.

VIZ. Bien pensado.

BARON. La broma será mas completa.

VIZ. Con cierta maña...

BARON. Sin desdecir de quién somos!

LAU. Yo no me mezclo en nada.

BARON. y VIZ. Vamos, vamos. (tirando de Laurencio para llevarlo al salon.)

SOF. Parece, caballeros, que es indigno semejante proceder. (adelantándose.)

BARON. Señorita! Nos habeis escuchado?

SOF. A mi pesar, señor Baron; porque cuando acciones de tan mezquino valor nos ponen en evidencia á las personas, sentimos haber empleado tan mal nuestras atenciones y miramientos.

VIZ. Señorita, esto es una broma...

SOF. De mal género. La persona sobre quien pensais hacer recaer el ridiculo, no es digna de ello, en primer lugar; en segundo, estais en una casa estraña, y no sé de quién os provenga la autorizacion para semejante abuso, que compromete vuestro nombre y el decoro de vuestra clase.

BARON. Convengo en que la intencion no ha sido sana, pero vuestra acusacion, señorita, no es enteramente justa; si hemos traslimitado algun tanto nuestro proceder, se nos ha invitado á ello por el mismo Julio, deseoso de castigar con el desprecio el atrevimiento de ese hombre; me parece que nuestra disculpa es buena, y que ella bastará para dejaros satisfecha, en lo que ganaremos todos, si nos volveis á vuestra gracia.

SOF. Señor Baron, no hay autorizacion suficiente, para que un hombre olvide lo que se debe á sí mismo.

BARON. En cuanto á comprometer nuestro buen nombre, no creo en la posibilidad de que suceda, tratándose de quien tratamos; hay mucho desnivel para que puedan llegar hasta nosotros las consecuencias de semejante juego.

SOF. Es que acaso no las conoceis lo bastante.

BARON. Cómo?

SOF. Las consecuencias son un escándalo; una provocacion, un desafio.

BARON. y VIZ. Un desafio!.. (con desden.)

SOF. Si, un desafio; al que no se teme insultar, no se teme satisfacer.

BARON. A un cómico!

SOF. No reside en él el mismo derecho que en los demás? O habeis creido que el deber que le impone su profesion, de enmudecer ante la censura del público, llega hasta prostituirle como á un ser despreciable, fuera de la esfera de los otros hombres?

BARON. Solo sé, señorita, que esta controversia nos es incompatible; y que si viera llegado ese caso, obraria segun las prácticas que la sociedad enseña.

SOF. Celebraré, caballero, que ese caso no suceda. Dejemos la conversacion, porque como habeis dicho muy bien, es incompatible entre nosotros. (el Baron y el Vizconde se retiran por el foro: Laurencio se detiene un momento.)

LAU. Mi opinion, señorita, es la opinion de los hombres que piensan. Ya sabeis que soy periodista. (vase.)

ESCENA XII.

SOFIA, sola.

Entre el saber abatido y la ignorancia ensalzada, hay un abismo; nuestro siglo no es el siglo de la justicia ni de la conciencia; he hecho bien en callar, él me lo dijo. El mundo interpretaria á su sabor mi franqueza, añadiendo quizá una acusacion vergonzosa, y quiero no defenderme, sino defenderle de sus mordaces tiros. El desprecio es el lenguaje mas elocuente para alcanzarlo. Ah! (viendo venir á Ernesto.)

ESCENA XIII.

Dicha y ERNESTO, que baja al proscenio sin reparar en Sofia.

ERN. Esta era mi última prueba; habia querido someterme á intentarla, para completar el convencimiento que he adquirido; el desengaño es amargo, pero saludable y á tiempo. Perdonadme, madre mia, si impotente para vengar los ultrages que la sociedad me lanza, acepto el camino que me queda, y pongo fin á mi vida.

SOF. Jesus! (horrorizada y sin poderse contener.)

ERN. Ah! Señorita, dispensadme, creia que estaba solo.

SOF. Y habeis dicho cosas, que no debisteis decir.

ERN. Es verdad, pero no sabeis cuánta es mi amargura; no sabeis que está tan lleno el vaso del dolor, que á mi pesar rebosa, sin que la razon alcance á contenerle!

SOF. Y es asi como los hombres de talento, los seres privilegiados, hacen frente al infortunio? Dónde está la voluntad, la fuerza? El predominio que ejerce sobre sí, el que ha nacido superior á los demás?

ERN. Miserable superioridad, sujeta en los lazos de la preocupacion!—Decid á la montaña, cuyos cimientos combaten las olas del mar, tú que eres mas fuerte, empújalas hasta su seno, sin permitir que te socaben con lentitud, humillando tu altura y tu grandeza! La montaña resistirá un dia tras de otro dia, pero llegará un plazo, y se hundirá en el abismo; y sin embargo, la roca es mas dura que el agua; la montaña mas alta que los mares.

SOF. Pero alli no está el entendimiento del hombre; alli no reside su inteligencia.

ERN. Que es la primera llaga que comunica el cáncer al corazon!

SOF. Conque es decir, que el gigante ha de dejarse vencer por el pigmeo, sin oponer resistencia, sin luchar?

ERN. Sin luchar habeis dicho? Creéis por ventura que yo no he luchado, que no he resistido? Qué es la vida del artista, sino una serie de luchas continuadas?—Con el corazon y la mente llenos de adoradas ilusiones, he creido que el mundo reservaria un lugar á la probidad y al talento; que se apartaria de las añejas formas, marchando al paso de la civilizacion, para remunerar con un poco de bondad al infeliz que ha consumido su juventud entre el aislamiento y las privaciones. Pero cuánto me engañaba! El artista es un juguete, que recrea una hora, y que se arroja despues, creyendo encontrar bajo su máscara la lepra del deshonra y del vicio!

SOF. Pero vos, Ernesto, estais y una altura demasiado superior, para que pueda alcanzaros el anatema que el vulgo y los engreidos fulminan contra vuestra clase!

ERN. Señora, Dios, que es ejemplo de justicia, condenó á la misma pena á Adan y á sus descendientes.

SOF. Decis bien, caballero; por eso, concentrádoos en

vos mismo, os habreis formado un círculo de hierro para encerrar vuestro corazón, haciéndole invulnerable.

ERN. Eso debiera haber sucedido; mas por desgracia, niño y sin esperiencia, le he arrojado una vez y otra vez en la confusion del mundo; el mundo le ha pisado con desdeñosa altanería, dejándole impreso un nuevo dolor, mayor que los anteriores.

SOF. Porque no le habrá comprendido; porque ha sobrenadado en su lodo, sin mancharse con sus miserias!

ERN. Y qué es preciso hacer, para mostrárselo desnudo?

SOF. Es necesario seguir siendo virtuoso, sin abatirse por la desgracia; es necesario no condenar el todo por la parte; es necesario, en fin, conocer que Dios ha puesto el mal junto al bien, y que hay almas que corren al encuentro de la vuestra, guardando como en un sagrario los recuerdos de vuestra inspiracion, intérprete de las pasiones y del sentimiento.

ERN. Vos me convidais á esperar?

SOF. La esperanza es la vida de los seres!

ERN. Y habrá quien descienda hasta el pobre artista, que no ha conocido otro amor que el de su tierna cuanto desgraciada madre?

SOF. Y quien se ufane con sus triunfos! Quien se ennoblezca con su apellido!

ERN. Oh! vuestro acento es el rocío benéfico que hace revivir la marchitada flor de mis ilusiones! Si así fuera, yo seria grande; yo avasallaria á la multitud, pendiente de mi voz; yo despertaria el entusiasmo; yo me alzaria hasta el dosel de la gloria, porque la conquistaria para rendirla á los pies de esa muger que con su aliento prestase vida á las creaciones de mi mente.

SOF. Si, si; y ella... ella agradecida, os pagaria con amor, con mucho amor; las palmas que conquistárais, haciéndoos olvidar ese pasado maldito que emponzoña vuestra existencia!

ERN. Y quién no envidiaria mi felicidad!

SOF. Quién no envidiaria su fortuna!

ERN. El arte ennoblece!

SOF. El arte diviniza!

ERN. Vos, que me habeis comprendido... vos, que sois la primera que ha hablado á mi corazón en su lenguaje; vos...

SOF. Qué?

ERN. Vos sereis para mi...

SOF. Vuestra amiga, Ernesto; vuestra amiga mas sincera.

ERN. Ah! tampoco me comprendeis!

SOF. Viene gente; tranquilizaos; sed dueño de vos mismo, y comenzad vuestra obra.

ESCENA XIV.

EL MARQUES, JULIO, EL BARON, EL VIZCONDE, LAURENCIO, DAVID, damas y caballeros por el fondo.

SEÑORA 1.^a Mostrádmelo. (al Vizconde.)

SEÑORA 2.^a Tengo curiosidad de conocerle. (al Baron.)

VIZ. El momento es oportuno. (á la señora primera.)

BARON. No le olvidareis, Marquesa. (idem segunda.)

ERN. (Dios mio!)

SOF. (Qué va á pasar aqui?)

MAR. En dónde está ese hombre?

JUL. Hélo alli, padre mio!

MAR. Caballero! (con altanería.)

ERN. Es á mi á quien se dirige el señor Marqués?

MAR. A vos mismo.

ERN. No es muy oportuno el tono con que lo haceis; ni el asunto me parece que ha de reclamar tantos testigos.

MAR. Todas las personas que me rodean, están en el derecho de hacerlo, pues yo las he invitado.

ERN. Lo que quiere decir...

MAR. Quiere decir...

JUL. Que la señora Baronesa ha regresado á su casa.

ERN. La señora Baronesa?

MAR. Si, ha reconocido su imprudencia, y no queriendo arrostrar el bochorno de ser despedida...

ERN. Despedida? Por qué?

MAR. No me comprendeis?

ERN. No mucho, caballero; y deseo que se me explique...

MAR. Estamos en familia...

ERN. Y mi persona...

MAR. Es algo incompetente; creo que ya me habeis entendido.

ERN. Esto equivale...

JUL. A deciros que no es este vuestro lugar, y que habeis osado dar un paso, digno de mayor escarmiento.

ERN. Sois un miserable! (reconcentrado.)

JUL. Vive Dios!

SEÑORA 1.^a Se subleva! (burlándose.)

SEÑORA 2.^a Se incomoda!

BARON. (En qué parará esto?)

LAU. (Ya tengo una gacetilla.) (todos estos picadillos, casi simultáneamente.)

ERN. Lo repito, sois un miserable que deshonorais la cuna en que habeis nacido!

MAR. Caballero, estoy en mi casa, en donde sois extraño, y hablais con mi hijo.

ERN. Estais en vuestra casa, y á ese derecho debeis el que no haya sellado con mis manos la boca que me afrenta.

JUL. Insolente!

MAR. No me obligueis á llamar á mis criados.

ERN. He aqui le sociedad para con los hombres de corazón.

MAR. La sociedad es justa, caballero. Quién sois? Nadie lo sabe. Un cómico! Ese título no basta.

ERN. Un cómico! Es verdad! Un infeliz que se ha regenerado á sí mismo de su oscura procedencia!

MAR. Vos mismo lo confesais, y todo el mundo lo sabe.

ERN. Mentís, señor marqués. Nadie sabe que naci en Florencia, ni que mi madre fué abandonada por el hombre que la engañó, encubriéndole su título y su fortuna.

MAR. (Gran Dios!)

DAV. (La madeja se enmaraña!)

ERN. Pero eso mismo forma mi orgullo y mi corona de gloria; el huérfano abandonado hoy, tiene un nombre, porque se ha alzado de su esfera con el esfuerzo y el trabajo.

JUL. Suprimid vuestra historia, que será muy divertida, pero que no nos importa; semejantes lamentaciones son muy ridículas en un baile; guardadlas para el teatro, aquel es vuestro centro, y ya iremos alguna vez á que nos divirtais un poco, ó á que nos hagais bostezar.

ERN. Oh! (reprimiendo un movimiento de cólera.)

JUL. Pero tomad mi consejo; no publiqueis tan alto vuestra ejecutoria, porque no ganais mucho con decir á todo el mundo, que vuestro padre fué un miserable y vuestra madre una muger perdida.

ERN. Infame! (queriendo arrojarle á Julio; Sofia le detiene; interponiéndose; todo con mucha rapidez.)

SOF. Señor Julio de Monte-Santo, sois un cobarde, y os desprecio.

MAR. Señorita!

SOF. Si, tenéis un alma degradada y envilecida; respetad la memoria de los muertos, y no insulteis lo que

no alcanzais á comprender. El baldon que quereis imprimir, rechaza por sí mismo yendo á estamparse sobre vuestra frente! — No me mireis, señores! Parece como que todos quereis condenar mi arrojo y censurar mi conducta! No me importa; yo, mas grande que vuestras preocupaciones, saldré, si quereis arrojarme tambien, pasando por cima de vuestra burla, tendiéndole la mano como lo hago para decirle... amigo mio, seguid vuestro camino hollando con pié seguro la planta rastrera que crece á vuestro alrededor, y completad vuestra obra, sin desmayar ni retroceder. Señor marqués de Monte-Santo; soy mayor de edad; quedo libre de vuestra tutoria, y por lo tanto, emancipada de vuestro poder. Paso, señores, paso. *(tomando de la mano á Ernesto y cruzando por medio de los convidados que abrén paso asombrados; un momento de pausa.)*

DAV. No os dige yo que se os escapaba la pupila!

MAR. Oh!

DAV. Suceda lo que suceda, mañana cobro. *(con insistencia, al Marqués; despues saluda con ironia; y sale. Cuadro; cae el telon.)*

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro está dividido; la parte de la izquierda del actor, la ocupa una hilera de puertas pequeñas, á proporcionadas distancias, que figuran dar paso á otros tantos cuartos de vestirse los actores; el primero de estos cuartos contando desde el proscenio, está abierto al público y es el de Ernesto; contra el bastidor de la izquierda hay otra puerta con cortinas de tapiceria, que figura ser el local para vestirse; la pieza exterior que vé el público, es un recibimiento adornado con lujo é iluminado por grandes candelabros. La parte derecha del escenario, es el salon de descanso de los actores. Contra los bastidores, hay otras tantas puertas que juegan con las de la izquierda, para que quede uniforme el cuadro; la numeracion de estos cuartos empieza en el de Ernesto, y concluye en el de la derecha del proscenio. La puerta del salon está en el foro, y se supone dar á un pasillo que concluye en el escenario. Al levantarse el telon, varios actores atraviesan desde el foro á sus cuartos, seguidos de mozos que conducen escusabarajas; el último de todos es Pedro y un criado que entran en el cuarto de Ernesto.

ESCENA PRIMERA.

ACTORES que cruzan; PEDRO y MOZOS.

PED. *(entrando.)* Vaya, coloca la cesta, y márchate; que no te quedes dormido, y luego no te encuentre al terminar la funcion.

Mozo. Descuide usted; me despertarán las castañuelas del baile... Cómo me gusta el baile!

PED. Bien, bien; anda; imbécil, lárgate donde yo no te vea. *(vase el mozo.)* El baile! Tiene buen gusto! Pero es claro! Está al alcance de todos, y en teniendo buenas formas las bailarinas, partido hecho. *(todo esto lo dice arreglando los muebles del cuarto, entrándose por último á la segunda pieza.)*

DAV. *(entrando por el foro.)* El número uno me han dicho. *(buscándolo.)* Aquí es; la ocasion no es muy buena, porque el señor Ernesto no debe tardar; con todo, el Marqués lo quiere, y yo tambien; ambos á dos estamos interesados en el asunto. Llamemos.

ESCENA II.

DAVID y PEDRO, que sale de la segunda pieza.

PED. El que llama no es de casa, pues dejé la puerta

entornada; veamos quién nos favorece. *(abriendo.)*

DAV. Dispensadme; sois el ayuda de cámara del señor Ernesto de la Cruz?

PED. Si señor.

DAV. Pues vengo á pedir os un favor, que os quieró agradecer anticipadamente. *(ofreciendo dinero.)*

PED. Dispensad, caballero, no puedo hacer os ese favor.

DAV. Si aun no sabeis de lo que se trata!

PED. Seguramente; pero cuando intentais pagármelo, no debe ser cosa á que pueda suscribir un honrado viejo.

DAV. Pues el negocio es muy sencillo; se trata solamente de que me conteis una historia.

PED. Una historia! De quién?

DAV. La de vuestro amo.

PED. Es muy breve; mi amo es huérfano; trabajó, luchó con constancia. Tiene talento; gana mucho oro; hace muchas limosnas. He concluido.

DAV. Despacio, amigo Pedro; todo eso ya lo sabemos.

PED. Lo sabemos? Luego no sois vos solo á quien interesa la tal historia?

DAV. No, le interesa á otro mas que á mi; al señor Ernesto, mas que á los dos.

PED. A mi señor! Hablad, qué quereis saber? Me pareceis un buen hombre, y no quiero suponer en vos ninguna picardia.

DAV. Descuidad.—Empiezo mis preguntas.

PED. Ya os escucho; y sed breve, porque es muy tarde; la sinfonia vá á dar principio, y aun no he dispuesto la ropa.

DAV. El señor Ernesto, en dónde ha nacido?

PED. En Florencia.

DAV. Quién fué su madre?

PED. Una pobre niña, huérfana de un militar.

DAV. Y su padre?

PED. No lo ha conocido.

DAV. Cómo!

PED. El infame abandonó á su víctima, despues de hacerla madre.

DAV. Pero cómo se llamaba?

PED. Segun, porque tenia dos nombres; para eilla se llamaba Eduardo, y era pintor, que recorria la Europa formando sus estudios; su verdadero nombre nunca lo supimos, aun cuando en su carta de despedida decia que era ilustre y grande.

DAV. Y de qué nacion?

PED. De España.

DAV. Cuántos años hará de esos sucesos?

PED. Unos veintinueve á treinta.

DAV. Entonces, el apellido que usa el señor Ernesto...

PED. Ese apellido es un voto; al morir aquella desgraciada, llamóme á su lado y me dijo: Pedro, sé tu el padre de mi hijo, ya que fuistes mi único consuelo en el infortunio; aqui te entrego estas cartas y esta cruz de rubies, que acaso te pongan alguna vez en camino de hallar á ese hombre desnaturalizado; cuando mi hijo tenga suficiente edad, entrégale este recuerdo é instrúyete del objeto á que lo destino; lo cumplí fielmente; pero el señor Ernesto, adorando la memoria de aquella pobre mártir, no ha querido nunca permitir que se dé ni un paso para encontrar á su padre, tomando por apellido desde entonces el santo nombre de la Cruz, que conserva como una reliquia bendecida por la mano de la moribunda.

DAV. *(No tiene duda, es él!)*

PED. Qué decis?

DAV. Que la casualidad hace muchas veces lo que menos se piensa, y que el señor Ernesto está muy próximo á cambiar de destino.

PED. Hará muy mal!

DAV. Por qué?

PED. Porque él no necesita para nada ese cambio; tiene honra, porque es honrado, y yo le he enseñado á serlo. Tiene fortuna, porque su trabajo se la adquiere; tiene gloria, porque su talento conquista; en su estado es independiente; en otro cualquiera quizá no lo seria. *(se oyen templar instrumentos.)*

DAV. No hablemos mas. Quereis aceptar ahora este bolsillo?

PED. No, caballero; me habeis dicho que os interesabais por mi señor, y esto ha bastado á decidirme; nada tengo de que acusarme, porque esta historia lo ennoblece en lugar de rebajarle; por consiguiente, me libro de un peso que para nada necesito.

DAV. Sea como querais; pero otro favor me resta que pidiros.

PED. Y cuál es?

DAV. Que nada digais al señor Ernesto de cuanto hemos hablado.

PED. Descuidad, á lo menos por esta noche; cuando está trabajando, no le gusta que le distraigan con nada.

DAV. Me retiro.

PED. Si, id con Dios; que como la vejez es charlatana, me he entretenido demasiado, y no tengo nada hecho.

DAV. Adios, señor Pedro.

PED. Dios le guarde, caballero. *(vase David por el foro y Pedro por la segunda pieza.)*

ESCENA III.

Las dos ACTRICES y el AUTOR por el foro: poco despues ERNESTO.

AUT. Muy tarde se viene, niñas.

ACT. 1.^a No trabajamos en el acto primero.

ACT. 2.^a Ni el galan tampoco ha venido.

AUT. Cómo? Es imposible! Pues si vá á romper la sinfonia!

ACT. 1.^a Pues ahora le hemos encontrado nosotras.

ACT. 2.^a Y con una cara de mal humor!

AUT. Qué significa esto? Pues vaya un compromiso.

ACT. 1.^a Todavía no nos han encendido las luces! *(abriendo la puerta de un cuarto de la derecha.)*

AUT. Y á mi, qué me contais? Pues bonito estoy yo, para...

ACT. 2.^a Chica, como no somos partes principales!

AUT. No, si querran que yo venga á encenderlas. *(paseándose con agitacion.)*

ACT. 1.^a Pero podiais tomaros el trabajo de mandarlo, á lo menos. *(volviendo del foro derecha, donde ha entrado un instante, con un cerillo encendido.)*

AUT. Ea! Vayan á los infiernos! El demonio de... Ah! buenas noches! *(viendo entrar á Ernesto y corriendo á él, con muchas cortesias.)* Se ha pasado la hora, eh?... Eso no tiene nada de extraño; pero no hay que apurarse; voy á mandar que toquen dos sinfonias para que tengais tiempo suficiente.

ERN. Gracias. *(dirigiéndose á su cuarto.)*

AUT. A ver si se visten ustedes pronto. *(tocando en la puerta del cuarto de las actrices y con muy mal modo.)*

ESCENA IV.

ERNESTO y PEDRO.

ERN. Pedro!

PED. Señor! *(saliendo de la segunda pieza.)*

ERN. Está todo listo?

PED. Cuando gusteis.

ERN. Ha venido alguien á buscarme?

PED. Nadie. *(dudando.)*

ERN. Pues así que me hayas vestido, subirás al palco principal número cinco, y entregarás esta carta á quien vá dirigida.

PED. *(leyendo el sobre.)* Al señor Julio de Montec Santo.

ERN. Justamente.

PED. No lo olvidaré. *(guardando la carta.)*

ERN. Si puedes encontrar una ocasion en que no haya testigos...

PED. Aguardaré á que esté solo.

ERN. Vamos á vestirme. *(se entran en la segunda pieza.)*

ESCENA V.

De distintos cuartos salen dos ACTORES ya vestidos para la representacion que se supone dentro.

ACTOR 1.^o Vamos á repasar el dichoso papelito. *(desdoblado un papel de cuartilla.)*

ACTOR 2.^o Hombre, repasar todavía, cuando es la octava representacion?

ACTOR 1.^o Si estos embolados son tan comprometidos!

ACTOR 2.^o Que todas las noches os comprometen.

ACTOR 1.^o Yo no soy para hacer esto.

ACTOR 2.^o Pues hombre, bien corto es.

ACTOR 1.^o Pues por eso; pero el galan se ha empeñado en protegerme! *(con intencion.)*

ACTOR 2.^o Muy bien que os ensayó la escena; pero la habeis tomado miedo...

ACTOR 1.^o Miedo? Yo no le tengo miedo al público, sino que estoy acostumbrado á otra clase de trabajo.

ACTOR 2.^o Eso sera! *(sonriendo con malicia.)*

ACTOR 1.^o Claro; y que furioso se puso el señor Ernesto la otra noche porque dí un tropezon...

ACTOR 2.^o En que os caisteis.

ACTOR 1.^o Que no me dé estos papeles; esto es un comparsa.

ACTOR 2.^o Los papeles no tienen entidad solamente por lo largos.

ACTOR 1.^o Lo que es este, bien se podia haber atajado. Por qué no lo ha hecho?

ACTOR 2.^o Porque no está así escrito, y siempre resulta mejor el cuadro con una figura mas.

ACTOR 1.^o Demasiado figura es él! Cuando empieza á dar voces...

ACTOR 2.^o Pues bien le aplaudeu!

ACTOR 1.^o Los alabarderos!

ACTOR 2.^o Eso es verdad.

ACTOR 1.^o Como se conoce que os dá buenos papeles!

ACTOR 2.^o Gente llega. Oh! Señores!... *(saludando.)*

ESCENA VI.

Dichos, BARON, el VIZCONDE y LAURENCIO.

BARON. Insigne actor, muy buenas noches.

VIZ. Se repasa? *(al actor primero.)*

ACTOR 1.^o Si estos embolados...

LAU. *(No son para los bolos.)*

ACTOR 2.^o Tan temprano por aqui?

BARON. Si, venimos á ver á Ernesto.

ACTOR 1.^o No habia que preguntarlo!

VIZ. Pues no lo hemos hecho hasta ahora.

ACTOR 2.^o Lo cual ha sido bien extraño.

BARON. Le conceden un caracter tan adusto...

ACTOR 1.^o Y altanero en demasia; por eso, por humillarme, me reparte estos papeles.

VIZ. Pero hoy nos precisa verle.

ACTOR 2.^o Muy tarde ha venido esta noche.

ACTOR 1.º Se me ha atravesado este quinto verso. (*re-pasando siempre.*)
 LAU. (Y lo peor es que no pasa.)
 ACTOR 2.º Y cuándo nos honrais con una revista? (*á Laurencio.*)
 BARON. Todavía no la ha escrito?
 VIZ. Es que no habrá formado aun su juicio acerca de la obra.
 ACTOR 1.º O de los actores. (*presentándose como aludiendo á si mismo.*)
 LAU. Respecto de los actores, ofrece menos escollos, porque algunos se dan á conocer demasiado pronto. (*con intencion punzante.*)
 ACTOR 2.º Confío en que haya caridad para los necesitados.
 ACTOR 1.º (Qué adulador!)
 LAU. Seré justo; porque la mision del periodista... (*con énfasis.*)
 BARON. Ya estás en tu centro. (*á Laurencio.*)
 VIZ. En tus glorias.

ESCENA VII.

Dichos y el AUTOR.

AUT. Señores! (*saludando*) Voy á ver si se empieza.
 BARON. Si vais al cuarto de Ernesto, preguntadle si nos puede recibir.
 AUT. Sereis servido.— Se puede entrar? (*llamando en el cuarto, con el sombrero en la mano.*)

ESCENA VIII.

Dichos y PEDRO que sale de la segunda pieza con la carta en la mano, y despues de contestar al Autor se marcha por el foro.

PED. Adelante.
 AUT. Está ya listo el señor?
 PED. Ya está corriente. (*vase: el Autor entra á la primera pieza y habla sin entrar á la segunda y dirigiéndose adentro.*)
 AUT. Puedo empezar? Ya van dos sinfonias.
 ERN. (*saliendo.*) Empezad cuando querais.
 AUT. Gracias.— Ahi hay unos caballeros que os quieren ver.
 ERN. Decidles que pasen. (*el Autor saluda y sale.*)
 AUT. Podeis pasar. (*á los que esperan; se vá por el fondo.*)
 BARON. Hasta luego. (*despidiéndose de los Actores.*)
 ACTOR 2.º Hasta despues.
 BARON. Si nos permitis... (*en la puerta de Ernesto.*)
 ERN. Adelante, señores.
 BARON. Estrañareis que nos tomemos esta libertad, en momento tan intempestivo?
 ERN. Nada de eso; pero no tengo el honor...
 VIZ. El Baron del Sauce. (*presentando á su amigo.*)
 BARON. El Vizconde de Olmedilla. (*idem idem.*)
 LAU. (Me presentaré yo mismo.) Laurencio de la Ortiguera, periodista, -critico, -literato, y admirador de los artistas.
 ERN. Sea muy enhorabuena. (*ofreciendo sillas.*)
 BARON. Anoche tubimos el gusto de conoceros en casa del Marqués de Monte-Santo, y el sentimiento de presenciar...
 ERN. Mi derrota, no es asi?
 VIZ. Al contrario, vuestro triunfo; porque el Marqués y su hijo quedaron humillados.
 BARON. Pero queriendo alejar toda sospecha de que se nos juzgue complicados en aquel lance desagradable, hemos venido á hacéroslo patente, y á ofreceros nuestros respetos...

LAU. Y mi periódico. (*suenan una campanilla que figura avisar para el telon.*)
 ERN. Agradezco, señores, vuestra atencion, y comprendo muy bien que yo solo tuve la culpa en lo acontecido. De mi proceder, no obstante, estoy satisfecho, y aprecio... en lo que debo, el paso de personas tan delicadas.
 EL TRASPUNTE. (*apareciendo en el fondo.*) La salida; que faltan ocho versos. (*dirigiéndose al actor segundo.*)
 BARON. El Marqués se escedió por varios estilos; primero como hombre de educacion; despues como dueño de su casa.
 ERN. No, yo no estaba convidado...
 VIZ. Si; pero tambien advertimos en los salones á cierto personaje indigno de altenar con las gentes de forma, que tampoco habria recibido invitacion.
 BARON. Ah! si, el judio.
 ERN. Cómo?
 BARON. Un usurero que presta á los nobles arruinándolos.
 ERN. Y el Marqués?..
 VIZ. Le debe grandes sumas; piensa que se ignora el estado de sus negocios, y á pesar de su aparente boato, son públicos sus apuros.
 BARON. Por eso se afana tanto por llevar á cabo el casamiento de su pupila con Julio.
 ERN. La señorita Sofia?.. (*con desconcierto.*)
 BARON. Es la presa que el Marqués se propone devorar entre sus garras.
 ERN. Pero ella?...
 VIZ. Resiste á semejante enlace, si se ha de juzgar por las apariencias.
 BARON. Mas como al fin es sobrina, y el Marqués no perdona ni adulaciones ni súplicas, puede que al cabo consienta.
 VIZ. Con que os dejamos. (*levantándose.*)
 BARON. Si, vamos á veros y á admiraros.
 ERN. Gracias, señores. (*con disgusto.*)
 LAU. Y á aplaudiros. (*con mucho énfasis.*)
 BARON. Escusado es repetiros la sinceridad de nuestro afecto.
 VIZ. Ya tendremos el gusto de honrarnos, frecuentando vuestra amistad.
 ERN. Cuando gustéis. (*despidiéndolos.*)
 LAU. Sabeis que podeis disponer de mi periódico, de mi talento y de mi pluma. (*vanse.*)

ESCENA IX.

ERNESTO, entra en la segunda pieza; el TRASPUNTE sale por el foro, saluda á los jóvenes y viene á llamar á la derecha.

TRAS. Señora!
 UNA VOZ. (*dentro.*) Quién?
 TRAS. Vamos, al bastidor de la derecha.
 VOZ. No estoy corriente.
 TRAS. Pues es menester salir de cualquier modo; la salida vá á faltar, y luego me echarán á mi la culpa.
 VOZ. No sé por qué no han de preguntar á las actrices, si se puede empezar, antes de levantar el telon.
 TRAS. Ya se tocó la órden.
 VOZ. Eso no habla conmigo.
 TRAS. (Porque es la dama; habrá orgullosa!) Vamos, por Dios, que ya estais en el pié. (*despues de subir al foro y escuchar.*)
 VOZ. Vamos, pero no sucederá otra vez.
 (La puerta se abre y una muger vestida en trage á la antigua, atraviesa la escena, precedida del traspunte; al mismo tiempo se abre la puerta del cuarto donde en-

traron las dos actrices y estas se asoman, recatándose; luego que la primera desaparece por el foro, salen del cuarto y figuran observarla por detrás, volviendo para continuar el diálogo.)

ESCENA X.

Las dos ACTRICES.

ACT. 1.^a La has visto bien?

ACT. 2.^a Ya lo creo!

ACT. 1.^a Ya ha sacado cuatro trages distintos en una misma funcion.

ACT. 2.^a Y todos buenos.

ACT. 1.^a Pues el sueldo no dá para tanto!

ACT. 2.^a Tiene un tio en Indias. (riendo.)

ACT. 1.^a Lo que ella tiene, es una conciencia elástica.

ACT. 2.^a Has visto entrar al Marqués?

ACT. 1.^a No, ha estado sola en su cuarto toda la noche. (aplausos dentro.)

ACT. 2.^a A quién aplaudirán?

ACT. 1.^a A ella, probablemente.

ACT. 2.^a Sus amigos!

ACT. 1.^a Como las flores de la otra noche!

ACT. 2.^a Qué descaro! Tener los ramos guardados ella misma, hasta la hora de arrojarlos!

ACT. 1.^a Como que le habrian costado el dinero!

ACT. 2.^a Sabe Dios á quién!

ACT. 1.^a Oye, estás muy escurrida.

ACT. 2.^a Si nos han mandado que saquemos poca ropa; que es de la época.

ACT. 1.^a Qué tendrá que ver la época con las enaguas blancas! No tienes ahí ninguna?

ACT. 2.^a No.

ACT. 1.^a Pues vamos al cuarto, y yo te dejaré unas que me sobran. Pero dejaremos la puerta entornada para ver lo que ocurra. (se entran en su cuarto.)

ESCENA XI.

ERNESTO por la segunda pieza, concluido de vestirse.

Ea, ya estás adornado con tus mentidas galas, miserable histrion, para hacer reir ó bostezar al entendido auditorio que espera tu salida, como el verdugo aguarda á la víctima que le han de entregar maniatada é indefensa! Depón los sentimientos que envuelven tu alma; ahoga el grito de tus naturales afectos; mueran en tu pecho tus pasiones propias, y dá lugar á otros sentimientos y otras pasiones falsas, para ganar el mísero salario conque se remunera tu trabajo; porque este es tu cometido, y nadie vé mas allá en tus raquílicas concepciones!— Pero no, me equivoco; un pública entero no se engaña, ni esa vanidad ignorante habita en todos los cerebros. Por qué me he de abatir? La lueba cansa, pero no desdora. Y si hay un corazon, uno solo que se identifique con el héroe, ese me hará justicia. (pausa corta.) Quieren casarla! Lo digeron; llevará un título, y su entusiasmo por el arte se liquidará bajo el hielo de la indiferencia!— Mas aquel arrebató de pasion, aquel fuego con que abogaba por el artista... Oh! aquello fué una chispa instantánea, como fué la exaltacion de la fiebre la que me hizo soñar con un cielo de venturas!— Ah! nunca la volveré á ver!

ESCENA XII.

PEDRO y SOFIA, cubierta con el velo de su sombrero, por el foro.

PED. Señor! Señor! Una dama os busca.

ERN. Déjala paso, y retírate fuera, no permitiendo que nadie entre aquí.

PED. Pasad, señora. (Pedro se sale al salon de descanso.)

SOF. Yo soy, Ernesto. (descubriéndose y echando el cerrojo.)

ERN. Vos, señorita? Si alguien os ha conocido...

SOF. Os he dicho en otra ocasion, que tengo la suficiente altivez para despreciar las invectivas del mundo.

ERN. Pero vuestro tio... la maledicencia...

SOF. Todo debe arrostrarse, cuando se trata de cumplir con un deber, cuando se siente lo que se dice, y cuando hay la energia necesaria para sostener lo que se ha dicho.

ERN. Pero en fin...

SOF. En fin; habeis escrito una carta á Julio?

ERN. Yo?

SOF. Franqueza, amigo mio.

ERN. Pues bien, si.

SOF. Dándole una cita?

ERN. Eso...

SOF. Lo sé todo.

ERN. Cómo?

SOF. No bien recibió vuestra misiva, ha recorrido todo el teatro, mostrándosela á sus amigos, y ridiculizándos á los ojos del público; vuestra accion ha encontrado partidarios y opositores, como era de esperar, y he llegado á entender que se prepara contra vos una intriga, que os hiere en vuestra reputacion de artista.

ERN. Miserable!

SOF. Si, es un miserable; pero yo no quiero que semejante cosa suceda; yo no lo quiero. (acentuando mucho sus últimas palabras.)

ERN. Y creéis acaso que la rabia de un intrigante basta á destruir la obra de tantos años?

SOF. No, pero creo que puede lastimaros en el corazon; creo que puede hacer vacilar, al menos, la opinion de esa parte de público que por su ignorancia camina á donde van los otros; creo que por lo mismo que sois mas grande, debeis encontrar un triunfo en donde os preparan el vencimiento.

ERN. Oh! si... si! Y lo encontraré, porque siento que revive mi entusiasmo, centuplicando la inspiracion; porque no quiero sucumbir, cuando vos me alentais; porque debo concluir la obra á cuyo término voy por una senda que me sembrais de flores, haciéndome el mas dichoso de los mortales.

SOF. Yo estaré allí, fijos mis ojos, mi labio mudo, mi frente serena. Solo mi corazon latirá con violencia, pero con altivez; cuando sintais que vuestro ardor desmaya, volved la vista y yo os devolveré el aliento; cuando creais retroceder, escuchad en vuestro interior el grito de mi amistad, que os dirá de continuo, ánimo, amigo mio, ánimo.

ERN. Y yo os acusaba! He osado dudar de vos, que sois la mejor y la mas grande de las mugeres!

SOF. Qué, habeis dudado de mi?

ERN. Si, sabedlo todo; ésta noche han estado aquí los amigos de vuestro primo, quienes me han participado que el Marqués trataba de casaros con su hijo, añadiendo que al cabo cederiais, instigada por sus continuos ruegos; no sé la revolucion que en mi produjo semejante noticia; ya os creí enlazada con ese hombre que aborrezco; cegada por el esplendor de vuestra clase, y enagenada enteramente para mi.

SOF. Ernesto, sabeis lo que decis?

ERN. Oh! perdonadme; sé que soy un loco, un visionario; pero tengo una disculpa: he sufrido mucho, sin

hallar un alma que me comprendiese, ni un ser que me alargase su mano: he estrechado la vuestra: la he sentido palpar entre las mias, y he descubierto un cielo que no me habia atrevido á entrever nunca.

SOF. Ernesto, por Dios!

ERN. Desde entonces, quise ser verdaderamente grande: todos los delirios de la ambicion han brotado en este pecho lleno de desinterés: nuevo Pigmaleon, adoraba, no mi obra, sino mi sueño, porque en ese sueño estaba un ángel lleno de belleza y de dulzura, que con su diestra me brindaba una corona de flores: y ese ángel, Sofia, erais vos.— Juzgad si las palabras del Vizconde despertarian mi desesperacion y mis celos!

SOF. Celos!

ERN. Si, mis celos: ya lo digo, y no quiero volverme atrás. Celos son estos que me desgarran el alma: no me los reprocheis: todas las pasiones pueden conducir al crimen y á la grandeza, y yo rechazo todo pensamiento de bastardia.

SOF. Lo creo, Ernesto, lo creo: pero esos celos son injustos.

ERN. No, no son injustos, porque os amo; os amo con el amor de un niño: con el respeto que á la memoria de mi madre: sé que no basta acaso mi amor, para borrar mi ayer: soy el hijo sin nombre de un padre desconocido.

SOF. Y qué importa vuestro ayer? Qué importa que no tengais apellido, si vos os le habeis conquistado con vuestras virtudes?

ERN. Segun eso, me es permitido esperar?

SOF. Si, esperad lleno de fé y de confianza en el porvenir: trabajad, sed digno, no de mi, que valgo lo que otra muger cualquiera, sino de la gloria que os habeis conquistado, y que conquistareis aun, y puede que llegue un dia en que coroneis vuestra esperanza.

ESCENA XIII.

Dichos y JULIO que vá á entrar en el cuarto y á quien PEDRO detiene.

PED. No se puede pasar.

JUL. Apártese. (*siguen hablando.*)

ERN. Esa voz...

SOF. Es la de Julio.

PED. Os digo que os obstináis en vano.

JUL. Es que tengo precision de verle.

SOF. Este cuarto no tiene otra salida?

ERN. No.

SOF. Y qué haremos?

ERN. Entrad ahí. (*en la segunda pieza.*)

PED. No me amenaceis, porque pronto llamo al celador de bastidores, ó á un municipal...

JUL. Miserable!

SOF. Una palabra.

ERN. Decid.

SOF. Juradme que no os batireis con Julio.

ERN. Me habeis permitido esperar: pero quiero ser digno de vos.

SOF. Os recomiendo vuestra vida.

ERN. Vos la servireis de escudo. (*entra Sofia en el segundo cuarto.*)

PED. Por dinero? Peor medio es ese!

JUL. Pues de aquí no me muevo sin hablarle.

ERN. (*abriendo.*) Qué sucede? Qué es esto?

PED. El señor, que se obstina...

ERN. Y tiene razon; pasad, caballero, y dispensad la impertinencia de mi buen Pedro. (*Pedro se vá por el foro.*)

JUL. Pudiera muy bien figurarme que era cosa acordada por vos, para evitar mi visita.

ERN. La esperaba, caballero. (*sentándose con insolencia.*) Pero no que os creyeris todavia en vuestra casa, para venir con modales tan poco convenientes.

JUL. Es que hay una gran diferencia; aquella es con efecto mi casa; solo mia; mientras que esta pertenece á todo el que paga su dinero.

ERN. Vuestro dinero os hace poseedor de vuestro palco; este es un sagrado, y aqui no llega el derecho ni la autoridad del público.

JUL. Pues bien, os hablaré de pié, y preparaos á oirme. (*levantándose.*)

ERN. Os escucho.

JUL. He recibido vuestra carta.

ERN. Y qué?

JUL. Que me he reido grandemente, y conmigo todos cuantos se han tomado el penoso trabajo de leerla.

ERN. Celebro vuestra jovialidad.

JUL. Y qué otra cosa merecia?

ERN. Cómo?

JUL. Con que un desafio? No tuvisteis ocasion bastante para conocer ayer noche, que no puede existir entre nosotros afinidad ni contacto de ninguna especie? No habeis comprendido aun que la distancia que nos separa es tan inmensa, que ni aun vuestra provocacion puede acercarnos? Yo medir mi espada con la vuestra! Dónde iria despues á ocultar mi verguenza y mi desprecio?

ERN. Luego yo debo quedar satisfecho con vuestra conducta? Debo asimismo dar por bien recibidos vuestros agravios, y doblegar mi frente, porque nacisteis hijo... de no sé quién... que lleva un nombre... que ya no recuerdo! Estais muy engañado; el que no es capaz de satisfacer, no debe sonrojar; el que no tiene honor para batirse, no baldona; porque si es tan villanamente cobarde, su contrario puede escapirle en el rostro, y aplastarle bajo sus pies!

JUL. Quereis representar conmigo alguna comedia, porque estais... en vuestra casa?..

ERN. Quiero haceros conocer, que todos los hombres son iguales; quiero que satisfagais vuestro agravio; quiero obligaros á que os batais, ó mañana os devolveré vuestra afrenta en público, y os señalaré con el dedo, diciendo á los que me escuchen, ese insolente que engreido con sus timbres infama á los hombres honrados, no tiene corazon, ni pundonor ni verguenza.

JUL. Miserable!

ERN. Bajad la voz, y no hagais que venga gente, ó para que no os escuchen os estrojo entre mis manos. Terminemos de una vez.

JUL. Si, terminemos; yo no puedo volver atrás. Repito lo que antes digo, y harto concedo al perdonar vuestra presencia en mi casa, y con dar al olvido el escándalo que la loca de mi prima promovió por vuestra causa.

ERN. Obedeciendo á un impulso que no sois capaz de comprender!

JUL. Ya amansaremos esos impulsos cuando sea mi muger; lo que os participo para que no conteis con su proteccion.

ERN. Que sin duda os enoja!

JUL. Que la pone en ridículo á los ojos de esa sociedad que ella vulnera, y á la que me digno elevarla, vencido al fin por la voluntad de mi padre.

ERN. No abrumareis vuestros hombros, señor Julio de Monte-Santo, con tan preciosa carga!

JUL. Qué significa?..

ERN. Significa, que sois un fátuo, y que vuestra prima no os pertenecerá nunca.

JUL. Lo asegurais de una manera, que puede darme á entender que mi prima ha descendido al último grado de bajeza, queriendo compartir con vos la miseria de vuestro estado! Oh! si fuese cierto, mi mano arrancaría con su corazon la semilla de mi deshonra.

ESCENA XIV.

Dichos, y SOFIA.

SOF. Probadlo, si os atraveis. (con arrogancia.)

JUL. Mi prima!

ERN. Qué habeis hecho, señora?

SOF. Lo que debo.

JUL. Mi prima en vuestro cuarto! Apenas bastan mis ojos y mi razon para creerlo!

SOF. Si, estoy en su cuarto, donde he venido á noticiarle la mezquina venganza que habeis imaginado, por haberos provocado á un duelo; estoy en su cuarto, bajo la salvaguardia de su honor y del mio, de donde saldré para no volver mas á vuestra casa.

JUL. Esto es una infame maquinacion, digna en un todo del miserable que la dirige; habeis querido devolverme mi ultrage con otro ultrage mayor, y habeis cubierto de lodo el apellido de mis mayores, deshonrando á mi prima!

ERN. Señor Julio de Monte-Santo! (amenazante.)

SOF. Sois un calumniador; mi honor está ileso, porque para guardarlo me basto yo sola; se basta á si mismo. Sé que en la pública opinion, este paso, que cundirá de boca en boca, basta para deshonrarme; pero la opinion la dan los hombres al que quieren, y pocas veces con justicia. El testimonio de mi conciencia me basta, donde no hay una sola nube que oscurezca el cielo de mi pasado. Referid el hecho; comentadlo, interpretadlo; haced trizas mi reputacion con la mordacidad venenosa de vuestra lengua; maldecidme, despreciadme si quereis; no aspiro á otra cosa, y al menos quedaremos pagados.

JUL. Está bien, señorita; cada cual es dueño de su honra: vos sacrificais la vuestra sin remordimiento; mas yo tambien soy dueño de la mia, y esta me manda no dejar impune mi verguenza; no es á vos á quien me cumple juzgar ni castigar; es á ese hombre, ladron de mi honor, á quien debo matar por mi mano, aunque su sangre me salpique. Yo acepto tu desafio, y cuento las horas con ansiedad.

ERN. El desafio no puede verificarse. (con calma.)

JUL. Retrocedes y tiembas?

ERN. Tiemblo, si; pero no de miedo; tiemblo porque vamos á comprometer mas y mas la fama de una muger. No verán todos confirmada la apariencia, si yo, el pretendido seductor, y vos, el pariente mas cercano, llevamos nuestra querella hasta la arena del combate? Cualquiera de los dos que quede en la lucha, no será una acusacion perpétua contra ella? Cómo la eliminará el mundo de la responsabilidad de ese crimen? Pensadlo maduramente.

JUL. Lo que pienso es, que tienes miedo, ahora que ves próximo el instante no esperado; lo que pienso es, que tu cobardia es propia del farsante sin delicadeza; lo que pienso en fin, es que en semejante vileza, descubres la vileza de tu nacimiento y de tu origen!

ERN. Julio de Monte-Santo, á muerte!

JUL. Gracias á Dios. (apretándole la mano convulsivamente.)

ESCENA XV.

Dichos, DAVID, colocándose entre los dos.

DAV. Una trégua todavia.

ERN. Quién sois!

JUL. (El judio!)

DAV. Para asuntos de grave importancia, en que estais intimamente interesado, el marqués os espera por la mañana en su despacho. Vuestro padre os busca en este momento. Venid, señorita, y os conduciré á vuestra casa.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa el despacho del marqués, adornado con lujo; la puerta general de entrada es por el foro; la de la derecha, se supone una escalera reservada; la de la izquierda comunica con las habitaciones interiores.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS, y JULIO.

JUL. Es decir que me habeis reducido á la condicion de un niño, sujetándome á vuestro lado, sin permitirme que salga de casa?

MAR. Entiéndelo como quieras; mas no es tan grande el sacrificio, pues solo te he exigido la promesa, por muy pocas horas.

JUL. Os he dado mi palabra, y os la cumpliré; pero no entiendo á qué conducen estas medidas?

MAR. A tu seguridad y á tu buen nombre.

JUL. Parece que no acertais, y creo adivinar por esas palabras, la causa verdadera de mi política prision.

MAR. Cómo?

JUL. Si, habeis sabido mi aplazado lance, y llevado de un celo intempestivo, juzgais evitarlo sujetándome por algunas horas. Os engañais á fé mia; hay agravios que no se olvidan, y que hacen guardar eternamente el ansia de la reparacion.

MAR. Luego todas mis reflexiones serán inútiles?

JUL. Inútiles, padre mio!

MAR. Y qué vas á conseguir con ese duelo?

JUL. Castigar una infamia que me sonroja, y que debiera sonrojarnos tambien.

MAR. Quién te ha dicho que yo lo miro con indiferencia?

JUL. Entonces, no sé cómo pretendéis desarmar mi brazo, que no es tan torpe ni tan cobarde, para que temas por la seguridad del triunfo.

MAR. Desgraciadamente ese triunfo aumentaria el escándalo; si el suceso acontecido es ya público, atraemos el ridículo sobre nosotros; si se ignora, lo publicamos en vez de desmentirlo.

JUL. Pobres razones ofreceis á mi convencimiento, pues me presentais una hipótesis falsa, como argumento de entidad; esa ignorancia que suponeis, no existe; el lugar donde los hechos han tenido realizacion, es demasiado concurrido por toda clase de gentes; de entre ellas no puede haber faltado algun curioso que haya seguido á mi prima, reconociéndola á su despecho; eso solo basta para que cunda de boca en boca la anécdota, en cuyo caso añadirán, el prometido de la heroína es un hombre sin honor, que asi se la dejó arrebatar sin castigar al infame.

MAR. Pues á pesar de todo, no te batirás con Ernesto.

JUL. Y cómo rehabilitareis á mi prima á mis propios ojos, sino matando á ese hombre? No temeré, con razon, que la que, soltera aun, se ha colocado en un terreno tan equívoco; ya casada, complete su afrenta labrando tambien la mia?

MAR. Esas son quimeras de tu imaginacion exaltada; demasiado sabes que tu prima es incapaz de ello; si poco premeditada ha dado ese paso, ha sido hijo únicamente de esas ideas exaltadas que habitan en su cerebro; pero que desaparecerán cuando sus circunstancias varien.

JUL. No hay circunstancias que modifiquen el instinto.

MAR. Pero lo modifica la entereza, la energía, la voluntad de un marido que comprende sus obligaciones.

JUL. Y no es bastante unirse con una muger á quien no se ama, cuyos gustos é inclinaciones van por tan distinto rumbo, sino que debo además vivir en una continua zozobra, centinela de sus pasos, y adivino de sus pensamientos?

MAR. Con ese sacrificio, comprarás sostenerte en tu posicion, que vacila.

JUL. Os confieso que le encuentro demasiado grande! Además, todavía ignoramos si vuestros planes podrán ser ciertos, y si lograreis arreglar ese consorcio.

MAR. Cómo?

JUL. Vos no habeis visto en el exceso de mi prima, sino un arranque de su entusiasmo por los artistas, y yo he visto algo mas.

MAR. Qué?

JUL. Que está enamorada de ese hombre.

MAR. Locura!

JUL. No puede esplicarse de otra manera el escándalo del baile, ni la desaparicion del palco, ni su visita al vestuario. Sin una razon de semejante entidad, no renuncia una muger á su amor propio, que es su ídolo.

MAR. Aun asi no desistiria; tengo medios que desconoces, y que sabria emplear para lograr una conclusion feliz.

JUL. Os habeis propuesto abrumarme con vuestros enigmas; pero por cima de todos ellos, está la voluntad de mi prima; harto manifiesta ya, para que se pueda dudar de su energia; si ella se niega...

MAR. Quieres que la hable en tu presencia?

JUL. Haced lo que querais.

MAR. Hasta el presente, nunca ha llegado el caso de una declaracion formal; aunque he procurado insinuarle mi deseo en distintas ocasiones, siempre ha observado una prudente reserva para conmigo; tiempo es ya de que lo aventuremos todo.

JUL. Si, para saber á qué atenernos.

MAR. Pero prométeme antes secundarme en cuanto diga, apoyando mis razones con alguna galanteria, que pueda interpretarse por amor.

JUL. Haré por complaceros, aunque no sirvo mucho para estas farsas.

MAR. Decid á la señorita Sofia, que la espero en mi despacho. (*tocando la campanilla, á un criado que se presenta y que se va por la izquierda.*)

JUL. No sé cómo vais á empezar esta conferencia.

MAR. Procuraré colocarme en el mejor terreno, y ella misma nos proporcionará los medios para llegar al fin.

ESCENA II.

EL CRIADO que precediendo á SOFIA, levanta el tapiz, la deja paso y se marcha por el foro derecha.

SOF. Me habeis mandado llamar?

MAR. Si, hija mia; porque tengo que hablaros de asuntos que os interesan.

SOF. Decid, señor marqués.

MAR. Antes de dar principio á mi narracion, me cumple manifestar, que ninguna mira interesada me lleva al objeto que me propongo; solamente el cariño que os profeso, y la obligacion en que estoy de mirar siempre por la hija de mi hermano, han podido abortar la idea de un proyecto hace muchos dias concebido.

SOF. A dónde vais á parar?

MAR. Lo vais á saber. Habeis cumplido vuestra menor edad, y yo cesado en mi tutoria, que creo haber desempeñado con el interés de un tierno padre; estais en el derecho de dejarme, pero quisiera que lo hicierais de un modo tal, que el mundo, no teniendo ocasion de censuraros, os prestase todas las consideraciones de que sois tan digna.

SOF. Os doy las mas espresivas gracias, señor marqués; pero el modo conque haya de vivir, en mi estado independiente, me lo aconseja mi corazon, y sé lo que le cumple á una muger de mis años.

MAR. Tal vez me adivináis; con efecto, una jóven virtuosa y bella, que no ha conocido el mundo, necesita un protector, y ningun otro puede presentar mas títulos para serlo, que un esposo, que á la vez que la ampare con su nombre, la consagre su ternura.

SOF. Continúad.

MAR. La eleccion de un marido para vos me ha desvelado hasta aqui, tanto mas, cuanto que no os he observado inclinacion hácia ningun hombre, que mereciese el precioso tesoro de vuestra mano; aun lucharia con mi duda, si vuestro primo no se me hubiera presentado, suplicándome que intercediese en su favor para alcanzar el logro de su primer deseo.

SOF. Mi primo me ama? (*con tono de incredulidad irónica.*)

JUL. Si, prima mia. Y si mis labios han permanecido mudos, si he callado tanto tiempo, ha sido porque aguardaba el momento en que pudiendo disponer por vos misma de vuestra futura suerte, no se atribuyese al mandato ni á la violencia vuestra decision en un asunto, para mi de tanto interés.

SOF. Me dejais atónita con nueva tan inesperada! — Y vos, señor marqués, habeis reflexionado lo bastante sobre este proyecto de alianza?

MAR. Lo he reflexionado, señorita!

SOF. Y no habeis encontrado un abismo en la desigualdad de nuestros caractéres; en la contrariedad de nuestras inclinaciones?

JUL. El carácter se vence, prima mia, cuando hay amor y talento; las inclinaciones marchan con los años, y yo os aseguro que las vuestras y las mias, tomarán diverso camino, cuando la razon presida nuestros actos.

SOF. No trateis de alucinarme ni de alucinaros. Vos sois altivo, orgulloso, engreido con vuestra nobleza; yo mas altiva todavía, aunque desdeñando lo que vos encareceis; vos adorais la esterioridad, y yo la esencia; esto, cuando no otra cosa, bastaria para hacernos desgraciados.

MAR. Conque es decir?

SOF. Es decir, señor marqués, que os doy gracias por el honor que quereis hacerme, pero que vuestro proyecto carece de realizacion, lo que por otra parte no creo que cause á mi primo tan grave pesar, que lo aniquile; entre nosotros dos median ofensas que no se olvidan tan fácilmente, porque el olvidarlas, probaria que no hay corazon para sentir las.

JUL. Vos me perdonareis esas ofensas, como yo os perdonaré vuestras faltas, que ciertamente son mayores y de una trascendencia que no desconoceis.

SOF. Mis faltas? Cuáles? Hablad! (*con altivez.*)

MAR. No volvamos á lo que siempre ; un poco de calma ; no os alarmeis ; Julio sin duda ha querido decir vuestros caprichos.

JUL. Demasiado notables en una jóven honrada , para que puedan olvidarse sin un matrimonio con un hombre de posición.

MAR. Hasta cierto punto , hay un fondo de verdad en eso ; reflexionad , hija mia , que no todos os conocen como yo , y que la malicia inventa lo que jamás ha existido ; vuestro arrebató del baile y vuestra visita de anoche , pueden ocasionaros grandes disgustos , si se empeñan en afirmar que estais enamorada de un actor , que tendrá mucho mérito , pero que al cabo es un actor.

SOF. Si yo me creyese digna de ser correspondida , no vacilaria en confirmarlo.

JUL. Y os enlazariais á él , renunciando al amor de vuestra familia ?

SOF. Renunciando á todo para labrar mi felicidad.

JUL. La felicidad no se encuentra donde el pundonor no habita.

MAR. No divaguemos en inútiles controversias ; yo no pretendo obligaros , ni que opteis en el momento por un partido ; reflexionad con madurez , y vuestro buen juicio os llegará á advertir de lo que mejor os conviene , y del deseo que me anima.

SOF. Siempre me encontrareis lo mismo ; no tengo tanta edad para que me asuste el porvenir , ni para esclavizar en un dia mi voluntad , bajo del yugo del matrimonio. *(vase por la puerta de la izquierda.)*

ESCENA III.

Dichos, menos SOFIA.

JUL. Y bien ! Ya lo habeis escuchado !

MAR. Hemos perdido nuestro primer encuentro ; mas no es cosa de desesperar , el tiempo todo lo puede ; y si no vuelves á hablar á tu prima de lo pasado...

JUL. Ahora como siempre , querreis atribuirme la causa de los desaires de esa presumida , sin juicio ni delicadeza ?

MAR. Eres incorregible , y tarde deplorarás...

JUL. *(llaman en la puerta derecha.)* Han llamado en esa puerta !

MAR. Sé quién es ; retírate , pero no te alejes ; te podría necesitar.

JUL. En mi sala de armas me encontrareis. *(Cuántos misterios!)* *(vase por el foro izquierda.)*

ESCENA IV.

EL MARQUES, abre la puerta derecha, y sale DAVID

MAR. Con cuánta ansiedad os esperaba !

DAV. Estoy destinado á danzar en vuestros negocios de mas interés.

MAR. Comun en esta ocasion.

DAV. Es verdad , y no os negaré , que eso contribuye á hacerme mover con cierta ligereza , impropia de mis años.

MAR. Qué resultará de aqui !

DAV. No lo puedo calcular ; pierdo el hilo de mis conjeturas , al tropezar con un carácter como el de Ernesto ! Cuánto se parece al de su madre !

MAR. Que al cabo fué vencido.

DAV. Dios me perdone la parte que en ello tuve ; es el único recuerdo de mi vida , que me sabe mal , porque al cabo , yo fui quien , como vecino suyo , os presenté , y quien la hizo creer que erais un pintor , y quien la

aconsejó noche y dia , hasta que sucumbió á vuestros ruegos.

MAR. El mismo papel os toca representar con su hijo.

DAV. Con nuestro hijo , diriais mejor , porque al cabo no podeis prescindir de ser su padre.

MAR. Ah !

DAV. Y qué pensais hacer si se obstina ?

MAR. Descubriroselo todo.

DAV. Y si no cede ?

MAR. Confio en ello.

DAV. Asi sea ; de otra manera , vuestros males no tienen remedio.

MAR. Y le habeis visto ?

DAV. Conoceis mi actividad.

MAR. Cuándo ?

DAV. Esta mañana. No le encontré muy propicio ; como anoche no le di lugar para nada , no pudo contestarme ; pero hoy me dijo , que nada tenia que hacer aqui ; que no os conocia , y que por último , que lo mismo podia venir él á vuestra casa , que ir vos á la suya.

MAR. Tiene razon !

DAV. Justo que la tiene. Despues del recibimiento de la otra noche...

MAR. Y quién podia adivinar ?...

DAV. Tal vez hubiera sucedido lo mismo ; hay males que no se curan , y uno de ellos es la vanidad.

MAR. Me insultais ?

DAV. No , os digo la verdad , y he aqui todo...

MAR. Harto cara voy á pagarla , humillándome hasta poner en sus manos mi porvenir , mi buen nombre !

DAV. Gran sacrificio para un corazon amante , el que le vais á exigir !..

MAR. Luego creeis que ama á mi sobrina ?

DAV. Estoy convencido de ello , asi como de que en pocos hay la bastante virtud para entregar á un rival la muger que se quiere , no mas que por la satisfaccion de hacerlo rico con sus bienes , y de evitarle una ruina tan próxima como segura. *(la puerta de la izquierda, que ha permanecido entornada, deja ver un momento á Sofia, que exhala un grito ahogado, cerrando rápidamente ; el Marqués vuelve la cabeza hácia el foro, equivocando la direccion de la voz.)*

SOF. *(al paño.)* Ah !

MAR. Qué es eso ?

DAV. Os habeis asustado ?

MAR. Me pareció que escuchaban.

DAV. Es vuestra conciencia que os grita.

MAR. No , no ; estoy seguro que alguien ha pronunciado una frase.

DAV. Pudiera ser !

MAR. Seguidme ; quiero averiguar...

DAV. Vamos , de todos modos pensaba retirarme para aguardar el resultado de vuestra conferencia. *(vanse por el foro izquierda.)*

ESCENA V.

Despues de un momento de quedar sola la escena, sale SOFIA por la puerta izquierda.

Con que era un plan convenido ! Con que quieren convertirme en una mercancia , que se adjudica al mas diestro ó al mas afortunado , para reparar el destrozo que los vicios y el orgullo han hecho en la fortuna del Marqués ! Conque bajo de ese oropel de fausto y de grandeza , está guardado el deshonor y la miseria !.. Y yo que vacilaba ! Yo que luchaba conmigo misma , interrogándome con severidad para indagar de mí propia si acaso tenian razon en lo que acerca de mi conducta me arrojaban al rostro ! Hay una providencia , si ; hay una providencia que vela por los huér-

fanos y por los que creen; ella me salva y ella me encamina; mi resolución está tomada, y mi padre desde el cielo no podrá menos de bendecirme; él fué un hombre que se creó una fortuna con su trabajo y su honradez; yo la haré pasar también á unas manos honradas, y en ellas acrecerá para compartirla con el necesitado.—Gente viene! Será Ernesto? He escuchado que se le espera; en efecto, es él!

ESCENA VI.

SOFIA, ERNESTO y el CRIADO.

ERN. Decid al señor marqués que la persona que ha citado le aguarda. (*vase el criado.*) Ah! señorita, sois vos? Ya no puedo dudar que esta entrevista me sea agradable, teniendo la dicha de encontraros en este sitio.

SOF. También lo es para mí, porque me proporciona la ocasión de daros las gracias.

ERN. Las gracias? Y de qué?

SOF. Anoche, como yo presentía, adquiristeis una nueva corona, á pesar de las intrigas de vuestros enemigos; yo os invité á la lucha, y la satisfacción de la victoria debe lisongearme, recordando que os animé con mi voz, aunque débil, y que me dedicasteis vuestros esfuerzos.

ERN. Vuestra es la palma y no mía, y yo deposito esa gloria, si hubo alguna, como ofrenda del sentimiento que me inspirais.

SOF. Hablemos de otra cosa.—Sabeis para qué os llaman?

ERN. No tengo ningún antecedente que me lo haga sospechar.

SOF. Y habéis venido, sin embargo!

ERN. Se me ha rogado con tantas instancias, que he creído un deber el hacerlo.

SOF. Yo lo ignoro también; pero cualquiera que sea el asunto que el Marqués tenga que tratar con vos; exijaos lo que os exija, tened presente, si se invoca mi nombre, que para nada está autorizado; que mi voluntad es independiente de sus aspiraciones; que seguiré firme en mis propósitos, y que sois el árbitro de vuestro destino, y tal vez del de otras personas; apreciad en lo que valen estas palabras, y no las olvidéis.—Mas como mi presencia sería un embarazo para lo que vá á suceder, os dejo, amigo mío, aunque mi pensamiento os acompaña. (*Qué más le puedo decir!*) (*vase puerta izquierda, cerrándola.*)

ESCENA VII.

ERNESTO solo, despues de una pausa.

Me abismo en un dédalo de confusiones! Qué es esto? Qué me ha querido decir? Qué significacion encontrar en el sentido misterioso de sus palabras? Vos sois el árbitro de vuestro destino, y acaso del de otras personas! Dejadme gozar, ilusiones benditas! Dejadme vivir en vosotras, renaciendo á una existencia más dichosa! No me despertéis de vuestro dulce sueño, porque faltaria á mi corazón la energía, para volver á la realidad que pretendo arrojar en el olvido!..—El Marqués!

ESCENA VIII.

ERNESTO y el MARQUES.

MAR. Caballero, me habreis de perdonar si os he molestado, haciéndoos venir á mi casa; sé que me tocaba ir á la vuestra, cuando voy á demandaros un favor. Servios tomar asiento.

ERN. El señor Marqués de Monte-Santo es á mi á quien se dirige?

MAR. Lo dudais, caballero! Tanta contradiccion se nota en mi lenguaje de hoy, y mi conducta de ayer? Pero es que vos no sabeis que las circunstancias hacen á veces parecer á los hombres lo que no son, encubriendo con un proceder contrario sus pensamientos y sus ideas.

ERN. Ley muy terrible debe ser la que imponga semejante sacrificio!

MAR. Pues esa es la ley de la sociedad.

ERN. Sociedad miserable, que acepta como principio una falta!

MAR. Yo, por ejemplo, que no participo de las preocupaciones alimentadas en contra de vuestra clase; que creo, por el contrario, que el actor, si es honrado, tiene una misión suprema que desempeñar, cual es la de difundir las luces, enseñando á practicar la virtud; yo me veo obligado á sucumbir, dejándome arrastrar de la preocupacion que rechazo, porque lo contrario sería abrir una lucha, en que no saldría vencedor.

ERN. Os compadezco!

MAR. Impotente para trasmitir á mi hijo la elevacion necesaria para profundizar la esencia de las cosas, guardada á veces bajo apariencias distintas, discurre á su manera, sin deponer la obcecacion de sus errores.

ERN. Vuestro hijo me ha dado muchas pruebas que corroboran lo que decis.

MAR. A eso voy á parar; traslimitándose del círculo del decoro, os ha insultado, y vos, hombre de corazón, le habeis provocado á un duelo, que ya no ha tenido lugar, porque mis súplicas para con él; le han detenido un instante.

ERN. Vuestras razones me hacen desbaratar un mal pensamiento que lo injuriaba, y tengo un placer en haberme equivocado.

MAR. Ahora bien: vos, en quien suponen una grandeza de alma superior, tendreis la bastante para renunciar á ese duelo, escuchando los ruegos de un padre que os implora?

ERN. Señor Marqués, lo que me pedis es imposible!

MAR. Pensadlo más despacio!

ERN. Que yo renuncie á ese duelo, caballero? Sabeis que vuestro hijo, hollando todos los deberes, insultando mi condicion, degradando mi estado, ha llevado su insolencia hasta arrojarme en cara la oscuridad de mi nacimiento, y la desgracia de mi madre?

MAR. Un momento de error...

ERN. Sabeis que vuestro hijo, al invocar ese nombre, ha calificado de vileza la conducta de aquella mártir, cuya memoria venero?

MAR. La juventud es loca!..

ERN. Sabeis, en fin, que los manes de mi madre, reclaman una reparacion, que estoy dispuesto á darles, con la sangre de su detractor?

MAR. Y yo, que le he criado, que le he visto crecer junto á mi, reasumiendo en él todo el afecto de mi corazón, creéis que le vaya á entregar á la muerte, en las improbabilidades de un duelo?

ERN. No me cumple juzgar de vuestra conducta ni de vuestro cariño; solamente sé, que no puedo perdonarle; que le seguiré á todas partes, y que le obligaré á batirse, para pagar su deuda.

MAR. Y si el desafío no pudiera tener lugar? Si yo os digese una palabra que hiciera caer el acero de vuestra mano?

ERN. No hay ninguna, señor Marqués; he dado culto toda mi vida en el sagrario de mi corazón, á un ídolo que miro lleno de cieno y pisoteado con escarnio; debo le-

vantarle un nuevo pedestal en la tierra, para que no me maldiga desde el cielo!

MAR. Pues bien, no quiero ocultaros nada; habia contado con vuestros nobles instintos antes de apelar á otro recurso; no puedo evitarlo, descargándoos á vos de un crimen, y á mi de un remordimiento. — Ese, sobre quien quereis egercitar vuestra venganza; ese que habeis condenado á ser vuestra víctima, al que rehusais perdonar, cuando su padre os lo suplica, es vuestro hermano!

ERN. Mi hermano? Eso es imposible! Mi padre abandonó á mi madre!

MAR. Recordais la historia de vuestro nacimiento?

ERN. Me la han contado muchas veces, caballero!

MAR. La desgraciada Maria fué abandonada por su seductor, que tuvo que obedecer á las exigencias de su clase, volviendo á España, donde contrajo un matrimonio de conveniencia; este matrimonio produjo un hijo, y ese hijo es el heredero de mi nombre.

ERN. Qué escucho! Luego vos?...

MAR. Soy Eduardo el pintor, el amante de Maria, y el padre que os ha dado el sér.

ERN. En dónde está la prueba?

MAR. Mirad este retrato, dado en cambio de una cruz de rubies, que vuestra madre conservó hasta su muerte... (*sacando el retrato de un cajon de su despacho.*)

ERN. Y que constituye mi herencia! Todo es verdad, y tambien que esta es la última de mis desgracias!

MAR. Ahora, sabiendo quién sois, y cuando acabais de encontrar á vuestro padre...

ERN. No invoqueis ese nombre, caballero; yo no le encontraré nunca; porque aun cuando viniese á mi guiso, no por el interés, sino por el cariño, y me llamase hijo, y me tendiese sus brazos, yo los rechazaria con desden y con desprecio!

MAR. Qué decis, Ernesto? Cuando el porvenir abre delante de vos una nueva senda; cuando podeis llevar con orgullo un apellido que os ennoblece?..

ERN. Yo no necesito vuestro apellido para nada; el padre que abandona á su hijo, cuando el inocente no ha aprendido todavia á pronunciar su nombre, legándole la miseria y el deshonor, pierde todo derecho á adornarse con semejante título! — Mi padre! Dónde estaba mi padre cuando yo recogia de limosna algunas monedas para dar sepultura á la muger á quien arrebató su honra?.. Dónde estaba mi padre, cuando en mitad de las plazas, y acompañado de un extraño caritativo, danzaba y recitaba para ganar un pedazo de pan regado con mis lágrimas? Dónde estaba mi padre cuando abrumado por la fatiga llegaba á implorar un asilo por compasion, y me rechazaban con altanería? Dónde estaba ese padre cruel, cuando hombre ya y á fuerza de constancia me habia creado un camino estrecho, pero honroso, para auxiliarme con sus consejos, para defenderme de un mundo que desconocia; para evitarme las burlas y dulcificar mis dolores? En dónde estaba, en fin, cuando en su misma casa me arrojan, y me insultan, y me desprecian, sin que su corazon le advirtiese de la existencia de ese hijo? Y porque hoy vé en peligro la vida de su heredero, llega al pobre cómico á decirle, yo soy tu padre, y tú llevarás tambien mi nombre, y redimiré mis faltas anteriores! No; la reparacion es tardia, y nula por consiguiente; mi senda es mi arte; mi apellido mi talento, y mi honradez mi egecutoria.

MAR. Enhorabuena; yo he sido cruel para vuestra madre y para vos; pero Dios no concede á los hijos la facultad de juzgar á sus padres; y asi como un dia en su escelso tribunal, daré cuenta de mis acciones,

á vos os toca obedecer el grito de un deber que es el primero entre todos los deberes.

ERN. Comprasteis por dinero el honor de mi madre?

MAR. No.

ERN. La digisteis vuestro verdadero nombre, cuando tendisteis lazos á su inocencia?

MAR. No.

ERN. Recibió de vos auxilios despues de su abandono?

MAR. No.

ERN. Habeis venido á mi llevado del remordimiento para ofrecerme vuestros brazos?

MAR. No.

ERN. La justicia de Dios puede perdonaros; mi madre no os perdonaria, y yo no os perdonaré tampoco.

MAR. Segun eso, persistireis en vuestras intenciones?

ERN. Si.

MAR. Desocharéis mis ruegos, mi reparacion?

ERN. Si.

MAR. Levantareis el acero sobre vuestro hermano?

ERN. Yo no tengo mas hermano que el abatido; nada me liga con el poderoso.

MAR. Y si ese poder fuese mentira? Si esa miseria que habeis atravesado en vuestra infancia, fuese la suerte que le estuviera reservada; si próximo á una ruina inevitable, mi honor no tuviera otro camino para salvarse que el casamiento de ese hijo con su prima Sofia, vos, que tanto egerceis la caridad, cerrariais los oidos á las súplicas de este anciano?

ERN. Me habeis atravesado el corazon!

MAR. Qué quereis decir?

ERN. Que una sola estrella bienhechora brillaba en el horizonte de mi porvenir, y esa estrella la habeis apagado con un soplo.

MAR. No os entiendo.

ERN. El pobre niño que huérfano y errante llegó á la edad de sentir y de amar, buscó, sin hallarle, un sér en quien depositar el tesoro de sus ilusiones; el mundo le dió á beber el caliz de la amargura, mezclada con la hiel del desengaño; ni un corazon respondió al grito de su corazon; ni una voz al quejido de su alma; ni una mano vino á enjugar el fébrico sudor de sus mejillas, llegando al punto de querer atentar contra su vida; un ángel le detuvo; le brindó con su guia, le reanimó con su aliento; le dijo espera, y esperó; esa esperanza le ha sostenido, y esa esperanza la acabais de matar con una palabra.

MAR. Amais á Sofia?

ERN. Qué si la amo! Es la luz de mi existencia! Por ella trabajo; por ella sostengo con energia, la lucha de la preocupacion y de la ignorancia; por ella me hubiese regenerado, y por ella hubiera cicatrizado las llagas de mi ayer, perseverando en la virtud.

MAR. Esa misma virtud os aconseja olvidarla, porque no la quereis hacer infeliz, ofreciéndola...

ERN. Un corazon leal, donde ella reinase sola.

MAR. Las almas grandes se prueban en la adversidad, Ernesto: imponeos un sacrificio, y vencereis esa passion, que no sabeis si es correspondida.

ERN. Ella me habia permitido esperar, y esperar es vivir.

MAR. Y por nada contais la satisfaccion de hacer un beneficio?

ERN. Es demasiado lo que me exigis, y yo cobarde para arrancar de mi alma la postrera ilusion á que se encuentra asida. Qué quedará entonces para mi? Vacío, soledad!

MAR. Os quedará la gloria: ese fantasma que se agita en rededor de la juventud ansiosa de laureles: os quedará el reconocimiento de una amistad eterna, y la bendicion de vuestro padre!

ERN. La gloria! Y qué es la gloria, sino el resplandor de una hoguera que nos deslumbra, corriendo hacia ella para abrasarnos en su cráter? La amistad! Dónde está la amistad? Palabra vana que espesa una mentira cubierta con un manto de púrpura! La bendición de un padre, que inmola al hijo bastardo para salvar al legítimo, mas digno sin duda de su amor porque es el heredero de su nombre!

MAR. La razon ocupe su lugar, Ernesto; tranquilizaos, y mi voz llegará al fondo de vuestro pecho, logrando conmoveros al fin.

ERN. Dejadme... dejadme á solas con mi infortunio; cesad de perseguirme, porque nunca me arrancareis tan homicida promesa.

MAR. En nombre de mi honor!

ERN. Yo no estoy obligado á salvarle!

MAR. Por vuestro hermano!

ERN. Que es el que insulta la memoria de los muertos?

MAR. Pensad que Dios se complace en los sacrificios del justo.

ERN. Dios no me manda que levante el cuchillo sobre mi propia cabeza!

MAR. Por el santo nombre de padre!

ERN. La sombra de mi madre abandonada se interpone entre nosotros.

MAR. Por vuestra madre misma!

ERN. Que amaba demasiado á su hijo, para que pueda complacerse en sus dolores!

MAR. Qué mas os puedo decir?... Qué mas me resta que hacer?... (*dejándose caer abrumado en un sillón.* Pausa.)

ERN. Direis que... mi crueldad... es infinita!.. Que mi corazón... es de bronce... que con la saña del tigre... me complazco en el pesar... de un anciano... y que mis ojos... (*con una transición violenta y conociendo que no puede dominar su emoción.*) Adios, caballero, adios! (*saliendo precipitado por el foro.*)

ESCENA IX.

EL MARQUES y DAVID á poco.

MAR. Mi última esperanza está perdida! Mañana el deshonor! La miseria para mi hijo!— El dedo de Dios me ha designado para padecer la misma pena que mi crueldad impuso á aquellos infelices, y su justicia se ostenta vencedora!

DAV. (*que ha bajado lentamente.*) Y bien, señor Marqués? (*tocándole en el hombro.*)

MAR. Todavía? (*levantándose del sillón.*)

DAV. Siempre.

MAR. Ah! (*con un movimiento de impaciencia.*)

DAV. Y qué pensais hacer?

MAR. Señor David, cuando mire estinguido mi postrer recurso, cuando mis cálculos no produzcan un resultado, entonces me quedará todavía el cañon de una pistola.

DAV. Miserable hipoteca!

MAR. Dejadme.

DAV. No por cierto, señor Marqués; me debeis mucho dinero, y vuestra vida pertenece á vuestros acreedores; no quiero que os declaren insolvente, y que me den por pagado, convidándome á vuestro entierro. (*el Marqués con un movimiento brusco se dirige al foro: David le sigue riendo: cae el telón.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Gabinete de estudio de Ernesto; la puerta del foro es la entrada; la de la derecha la alcoba del mismo; la de la izquierda la habitacion de Pedro. — Estantes con libros; retratos y bustos de poetas y actores: una panoplia con toda clase de armas en la derecha; un bufete en la izquierda; buena silleria. En todos estos muebles, aunque de lujo, se notará cierta severidad en armonia con el lugar y con las costumbres del dueño; es la tarde del mismo dia del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

ERNESTO sentado junto al bufete; PEDRO en pié á la derecha del sillón.

PED. Pero señor!

ERN. Déjame, Pedro.

PED. Es la primera vez en tantos años que os soy molesto é importuno.

ERN. No, Pedro; pero sufro tanto!

PED. Pues por eso mismo. Cuándo habeis sufrido, cuándo habeis llorado sin que Pedro os consolára?

ERN. Ya losé.

PED. No ignoro que soy un pobre viejo, que no basto á comprenderos, y que un criado no debe...

ERN. Tú no eres mi criado, Pedro; tú eres un buen amigo, y si continuas asistiéndome, es solo porque te has obstinado siempre en no querer que nadie entre aqui.

PED. Pues no faltaba mas! Puede un padre legar á nadie el cuidado de sus hijos? Porque vos sois mi hijo; si señor; yo os recibí de vuestra madre; y aun cuando de humilde condicion é indigno por consiguiente de semejante depósito, concentré en vos todos mis afectos, y abandoné mi patria por seguirus, y os seguiré hasta el fin del mundo.

ERN. Si; nunca olvidaré que tú has mendigado para darme pan algunas veces!

PED. No hablemos de eso; quién á quién ha ayudado, solo Dios lo sabe; y otro hubiese sido vuestro destino, si cuando pequeño hubierais querido aprender un oficio.

ERN. Ese era un círculo demasiado estrecho para encerrar la ambicion que germinaba en mi cabeza de niño. Mis sueños de entonces llegaron á convertirse en realidad, y sin embargo... cuánto mas dichoso no hubiese sido tras de un humilde mostrador!

PED. Vamos; no sabeis lo que os decis! Asi pensaba yo entonces; pero ahora no. ¿Qué os falta? Gloria, popularidad, renombre, aplausos, fortuna... Buena comparacion lo que habeis ganado con lo que habeis perdido!

ERN. He perdido el corazón, que el mundo ha destrozado! Sumergido en mi ignorancia, no hubiera sabido comprender el por qué de las cosas y los hombres, viviendo sin volver los ojos atrás, sin pararlos en el presente ni dirigirlos al porvenir. La oscuridad es un bien supremo. Qué le importa al trabajador la intriga, ni la doblez, ni el vértigo que se agita en una sociedad que desconoce? Qué le importa el lujo si su codicia no lo anhela?

PED. Si, pero tambien romperse el alma trabajando!...

ERN. Al contrario; cuando el alma está tranquila, el cuerpo se robustece; el trabajo material desarrolla la fuerza, sin matar la inteligencia; al paso que la inteligencia cuando ejerce su accion, consume á la materia, ambas resolviendo en su constante lucha este problema que se llama vida.

PED. Eso será, pues yo no lo entiendo; pero lo que digo es, que no me conformo con veros así; hace tres ó cuatro dias, especialmente, que estais desconocido; nada os conmueve, nada os logra sacar de ese abatimiento! ¿Qué teneis, señor?

ERN. Mi buen Pedro, estas son cuitas que tú no alcanzas; degémoslas estar, que sigan su camino, y hablemos de ti, si te parece,

PED. De mí? No habrá que decir mucho.

ERN. No desearias volver á tu patria?

PED. Me es indiferente; sabeis que no tengo familia, y por lo tanto... Siempre, si, no sé lo que tiene, que uno quisiera morir donde ha nacido!...

ERN. Pues bueno, volverás á Florencia.

PED. Con vos?

ERN. No, Pedro; yo me quedo aun por aqui; soy jóven, y puedo luchar; pero tus años reclaman el descanso, la tranquilidad del reposo, y quiero que el resto de tu existencia, respire el áura de nuestro ambiente.

PED. Miserable de mí! (llorando.)

ERN. Lloras, Pedro?

PED. Si, lloro de ver que soy muy desgraciado! Ya no os sirvo! Y como al mueble inútil que se arrinconan en un desvan, sin arrojarle al fuego, quizá por lástima, quereis apartarme de aqui, para que me muera mañana!

ERN. Pedro, no me has comprendido!

PED. Señor, yo no tengo mas patria que la que vos habiteis! Si es que ya no puedo seros útil, pasaré por el sentimiento de que otro os asista; pero dejadme un pequeño rincón á vuestro lado, para veros todos los dias, y para bendeciros á todas horas.

ERN. Pobre amigo mio! No comprendes que deseo alejarte de mí, porque mi vida de hoy mas, será una vida de desesperacion y de angustia, de que no quiero que participes?

PED. Pues bastante me habeis dicho! Yo no sé la causa; pero lo que es ahora, ninguno me quita de vuestro lado! La fortuna hay muchos que la compartan y de nadie se necesita con ella: de la desgracia todos huyen, y es cuando necesitamos quien nos alivie y nos consuele. Hacedos cuenta, que por la primera vez de mi vida, estoy dispuesto á desobedecer.

ERN. Pero... y si yo muriese mañana?

PED. Vos!... Vos!.. Oh! que horrible idea!

ERN. No pudiera suceder?

PED. No sé que misterio descubro en vuestras palabras.

ERN. Ninguno, amigo mio.

PED. Si, si, una gran desgracia!.. Algun desafio!..

ERN. No te canses!

PED. Eso es, si: pero no sucederá, porque gritaré, llamaré, escandalizaré... me batiré por vos!

ERN. Oh! ven, abrázame, pobre viejo, el mas leal y mas desinteresado de los hombres! No, no partirás, porque mi soledad será horrible si sobrevivo al dolor de esta herida que me destroza el corazón!

PED. Y si sois tan desgraciado en esta tierra, por qué no la abandonais?

ERN. Cómo?

PED. Justo: el mundo es grande; teneis consolidado un porvenir, y si no como un prócer, podeis vivir con decoro lejos de los lugares en donde habeis padecido!

ERN. Pedro, tú haces brotar en mi corazón una esperanza!

PED. Y allí, en Florencia, bajo su cielo tranquilo y apacible, recorriendo los lugares donde habeis reído en la niñez y llorado en la juventud; allí, con tan santos recuerdos, secareis vuestras lágrimas de hoy: allí está la paz, la tranquilidad!..

ERN. Y el sepulcro de mi madre!

PED. De vuestra buena y cariñosa madre!

ERN. Que podré visitar todos los dias y cubrir de flores entre las preces de mi oracion.

PED. Conque vaya. sed fuerte como hasta aqui, y despreciad á los que tratan de afligiros. El tiempo de la vacacion se aproxima: pocas funciones os faltan: rescindís vuestro contrato, aunque haya que perder alguna cosa, y andando por el camino adelante.

ERN. Pensaré en ello, mi buen amigo.

PED. Pues os dejo para que lo hagais. Voy al correo por vuestras cartas, y al instante estoy de vuelta; si necesitais algo, Andrés está abajo: ya se lo dejaré advertido: hasta despues. (Dios mio! Dadme acierto para salvarle!) (vase.)

ESCENA II.

ERNESTO solo.

Pedro tiene razon: el tiempo y la distancia puede que amortiguen mis pesares. Ella será feliz, y todos lo serán tambien.— Cuántos accidentes en tan pocas horas!— Parece un sueño! Mi hermano! Mi padre! Si, lo son: no hay duda, por mas que su proceder haya sido ingrato para mí!— Yo no le debo acusar.— Sus lahios lo digeron! Dios no concede á los hijos la facultad de juzgar á sus padres!— Verdad! Santa verdad!— Qué debo hacer?— Que Dios le juzgue.— Estuve despiadado!— Lloraba!.. Pobre anciano!— Si no me ama como á Julio, esto es razonable: no me ha criado! No me ha visto crecer dia por dia!— Y yo?... Fratricida!— Qué horror! Anatema sobre el fraticida!— Ni Dios ni los hombres me hubieran perdonado.— Mis sufrimientos no disculpan mi proceder! He sido un mal hijo: me arrepiento, y así se lo diré al partir. Porque estoy decidido, partiré.— Y Sofia?... Me amará, ó mi orgullo me habrá hecho creer?... Para qué es pensar en ello? No puede ser mia! Mi padre aguarda que su enlace con Julio, redima su crédito!.. Si, si: que sea su esposa y que yo no sirva de obstáculo para la dicha de mi padre.— Quién es?

ESCENA III.

ERNESTO y DAVID.

DAV. Dispensad, caballero!

ERN. Quién sois?

DAV. Es la segunda vez que me haceis esa pregunta!

ERN. Y bien?

DAV. Un amigo vuestro.

ERN. Cómo?

DAV. Y de vuestro padre!

ERN. Qué decis?

DAV. Lo sé todo.

ERN. Qué sabeis?

DAV. El Marqués me envia á vos.

ERN. Ah!

DAV. Vengo á hablaros en su nombre.

ERN. Podeis empezar. (pauza.)

DAV. Habeis reflexionado?

ERN. No puedo comprender!..

DAV. Habeis pensado tranquilamente en vuestra conducta de hoy? Todos los arrebatos y todas las pasiones tienen, á no dudar, su disculpa; el vuestro no le tiene.

ERN. Cómo?

DAV. Esta es la verdad, aunque parece dura.— Empiezo por concederos la razon; vuestro padre ha obrado mal, muy mal; por eso se humilla.— Creeis que hay mas heroismo en la entereza del odio, que en la ab-

negacion del olvido? *(todo muy acentuado y solemne.)*
 ERN. Seguramente...
 DAV. Seguramente que no; el rencoroso se hace pequeño, el agravio que pretende sostener, cesa de haberlo, cuando el que agravia se arrepiente.
 ERN. El Marqués!
 DAV. Decid mi padre; no vacileis; repetios varias veces ese nombre, y su sonido producirá en vos una revolucion.
 ERN. Pues bien, mi padre...
 DAV. Está arrepentido; además, es un anciano y llora. Qué hariais con un extraño que llegara á vuestra puerta, implorando piedad?
 ERN. Ah!
 DAV. Contestadme, y desentendeos de que se trata ahora de vuestro padre.
 ERN. Le acogeria y remediaria su infortunio.
 DAV. Añadid ahora, que os ha dado el ser.
 ERN. Tambien me ha abandonado.
 DAV. Si los hombres no hicieran mas que el bien, Dios no tendria que perdonar; Dios perdona á sus hijos; perdonad á vuestro padre! *(muy solemne.)*
 ERN. Oh!
 DAV. Asi imitareis la grandeza de Dios!
 ERN. Pues bien... yo le perdono! *(conmovido.)*
 DAV. *(despues de una pausa.)* Reconoceis la igualdad?
 ERN. En todos los hombres.
 DAV. De dónde proviene?
 ERN. De Dios.
 DAV. Qué forma su principio en la tierra?
 ERN. Nuestro comun origen.
 DAV. Escusado es referir los deberes que nos ligan con los hombres.
 ERN. Los del hermano para con sus hermanos.
 DAV. Con cuanta mas razon, en los hijos de nuestro padre!
 ERN. Os comprendo!
 DAV. Perdonad á vuestro hermano!
 ERN. Tambien le perdono, caballero!
 DAV. Sois un hombre de bien, y el marqués debe tener orgullo en llamaros su hijo.
 ERN. Gracias! *(con amargura.)*
 DAV. Hasta aqui mi cuestion moral; descendamos á otra de distinto género. Conoceis el estado de vuestro padre?
 ERN. Sé que algunos atrasos...
 DAV. Vuestro lenguaje ya es el de un hijo; sabeis que está próximo á la ruina, y decis que tiene algunos atrasos! No quereis hacerme partícipe de sus apuros; pero es que, desgraciadamente, los conozco muy de cerca.
 ERN. Pues bien; lo sé.
 DAV. Qué pensais acerca de la señorita Sofia?
 ERN. Que es una jóven digna de estimacion.
 DAV. Nada mas? *(con intencion.)*
 ERN. Nada más.
 DAV. Os ama.
 ERN. A mi? Estais equivocado, caballero!
 DAV. Os ama, y desdeña y aborrece á su primo Julio.
 ERN. Entonces...
 DAV. Mientras ella cuente con vos, jamás los ruegos ni las súplicas conseguirán vencerla.
 ERN. Y qué puedo yo hacer?
 DAV. Vos lo podeis todo.
 ERN. Explicaos.
 DAV. Estais resuelto á hacer el sacrificio por completo?
 ERN. Si. *(despues de una pausa y con emocion.)*
 DAV. Pues bien, escribidla, rompiendo vuestro compromiso.

ERN. Ya os he dicho, que ese compromiso no existe.
 DAV. Démosle otro nombre; vuestra amistad.
 ERN. Cómo?
 DAV. Pretestad un viaje; cualquiera cosa.
 ERN. Voy á partir en efecto, caballero.
 DAV. Razon de mas; asi se concilia todo.
 ERN. Qué vá á pensar de mi?
 DAV. Sacrificais vuestra pasion, y temeis sacrificar vuestro amor propio?
 ERN. Será mi último sacrificio!
 DAV. Comprendo la magnitud de todos ellos; pero solamente asi puede vuestro padre pagar, evitando un embargo y un proceso.
 ERN. Me he jurado á mi mismo devolver su honor á mi padre, en cambio del deshonor de mi madre.
 DAV. Esa es la verdadera nobleza! Puedo comunicar al marqués tan felices nuevas?
 ERN. Haced lo que gusteis!
 DAV. Os admiro, y os saludo. *(hace que se vá.)*
 ERN. Una palabra.
 DAV. Os escucho. *(volviendo.)*
 ERN. Sabeis á cuánto ascienden los créditos contra mi padre?
 DAV. Vedlo. *(sacando de una cartera un documento.)*
 ERN. Cómo? Vos?..
 DAV. Soy su primer acreedor y he comprado los créditos de los demás, para que nadie tuviese el derecho de intervenir en este asunto.
 ERN. Luego obrais en esto, no llevado de la amistad, ni de la razon, ni del convencimiento; sino por el interés que os resulta?
 DAV. Hay de todo; conozco al marqués hace treinta años, y nos liga cierto secreto...
 ERN. Que quiero desconocer! *(un momento de silencio en que parece pensar una determinacion; despues se dirige á su bufete y de un cajon saca una cartera con billetes.)* Tomad, caballero, y ved si en esa cartera hay bastante para pagaros.
 DAV. Os sobra una pequeña cantidad.
 ERN. Firmadme un recibo. *(despues de recorrer los billetes, y devolviendo á Ernesto la cartera en la que se supone el sobrante.)*
 DAV. No tengo inconveniente. *(sentándose y escribiendo.)*
 ERN. *(Quiero cumplir hasta el fin, y que deba su salvacion al hijo abandonado; nada me importa la pobreza; yo trabajaré.)*
 DAV. Ya está. *(entregando á Ernesto el recibo.)*
 ERN. Os suplico que nada digais al marqués.
 DAV. Vuestra accion merece una recompensa; sé lo que me toca hacer. *(vase por el foro.)*

ESCENA IV.

ERNESTO, solo.

Tal vez cedo á un pensamiento de egoismo; asi desistirá mi padre del matrimonio de Sofia, y acaso... No, no; qué mérito tendria entonces mi desprendimiento? Partiré; partiré de todos modos, y Dios no me desampará en mi camino!

ESCENA V.

ERNESTO, y JULIO; en toda esta escena ha de contrastar la altivez de Julio con la humildad de Ernesto.

JUL. Por fin!
 ERN. Quién? Ah! Sois vos, Julio?
 JUL. Si, yo soy; no me esperabais?
 ERN. Lo habeis acertado.

JUL. Pues debierais no olvidar, que hay una cita pendiente entre los dos.

ERN. He creído que alguna circunstancia ocurrida, hubiera terminado una querrela que me enoja recordar.

JUL. La circunstancia no es otra, que haberme detenido mi padre en mi casa; pero tan pronto como he podido, he volado para llevar á cabo nuestro desafio.

ERN. Tendreis presente lo que me le hizo aceptar? Recordareis que injuriasteis la memoria de mi madre, y que casi levantasteis la mano sobre mi? Yo era por lo tanto el mas agraviado; pues bien, desisto de mi venganza, y renuncio al desafio.

JUL. Qué desistis? Qué renunciáis?

ERN. Es mas; os lo suplico.

JUL. Y cómo llamaremos á semejante proceder?

ERN. Llamadle como os parezca; vuestra calificación, por dura que sea, no me hará retirar la proposición que acabo de haceros.

JUL. En el lenguaje de las personas de honor, eso se llama miedo!

ERN. Teneis razon!

JUL. Falta de pundonor!

ERN. Es verdad!

JUL. En el idioma vulgar, temor de la muerte, cobardia!

ERN. Si, Julio; soy un cobarde!

JUL. Oh!

ERN. Me quereis mas humillado?

JUL. Pero qué es preciso para haceros abandonar esa calma que me irrita?

ERN. No quereis reconocer, que debe existir una razon imperiosa, que me haga doblegar la frente á vuestras amenazas? No se os figura que los hombres que como yo han vivido una vida de martirio, no pueden tenerla en tanto aprecio, que consientan en verse despreciar por conservarla? No veis que tengo la suficiente energia para batirme, y que no me bato, y olvido lo que no perdonaria á ningun otro hombre? Pues si esto es asi, alcanzad que hay un escudo que os liberta de mi espada, la que nunca vereis amagando vuestro pecho.

JUL. Y sin embargo, yo necesito vuestra vida.

ERN. Tomadla si la quereis; mi brazo no intentará defenderse.

JUL. Yo no soy asesino!

ERN. Lejos de mi semejante pensamiento!

JUL. Pues bien, descubridme ese misterio; sepa yo, qué es lo que ha pasado, y ante la causa que desconozco, si es tan grande como decis, depondré mi altivez, y desistiré de mi empeño.

ERN. Julio, no puedo decíroslo.

JUL. Tan terrible es ese arcano, que no puede depositarse en el corazon de un caballero?.. La lealtad del enemigo suele ser mas imperecedera que la del pariente mas cercano.

ERN. Creo en vuestra lealtad; pero el secreto no me pertenece á mi solo; á otro le toca publicarle.

JUL. Verdaderamente que están pasando cosas tan novelescas, que he llegado á dudar de todos y de todo; sé que habeis sido llamado por mi padre; que habeis tenido una larga conferencia con él; que de sus resultas sufre estraños accesos, y llora y pronuncia nombres desconocidos!.. Qué esto? Hablad, caballero, porque tan pesado negocio reclama un término, y es preciso que lo tenga.

ERN. Vuestra incertidumbre está justificada, Julio; quisiera poder aclararos las dudas que os martirizan, pero siento que un deber, al cual hoy lo sacrifico todo, ponga en mis labios una mordaza.

JUL. Con que no os quereis batir, ni menos confesar-me lo que ha pasado?

ERN. Ya os he dicho que no puedo.

JUL. Pues yo si puedo deciros, que vuestro proceder es indigno; que os quereis guarecer bajo ese mentido secreto, para eludir mi enojo, y que al privarme de castigaros frente á frente, me poneis en el caso de que lo haga como á un miserable! (*levantando la mano para darle un bofetón.*)

ESCENA VI.

Dichos, y el MARQUÉS.

MAR. Deteneos! (*colocándose en medio de los dos.*)

JUL. Mi padre!

MAR. Caballero, los que se precian de tener sangre noble en sus venas, no levantan la mano sobre los hombres indefensos.

JUL. Cuando á los hombres indefensos se les convida á batirse, y no lo aceptan; y se les piden esplicaciones y las rehusan, y sufren con humildad vergonzosa el sonrojo de su cobardia, entonces...

MAR. Entonces debe advertir la razon, que hay un lazo invisible que los sujeta.

JUL. Pues bien, ese misterio es el que quiero penetrar. Cuál es ese lazo que hace imposible toda querrela entre nosotros?

MAR. Ese lazo es el de un deber; el de la conciencia; el de la sangre!

JUL. Cómo?

MAR. Señor Julio de Monte-Santo, salud á vuestro hermano!

JUL. Mi hermano!

MAR. Afortunadamente he llegado á tiempo para impedir un crimen.

JUL. Mi hermano!..

MAR. Si, yo tambien he cometido errores en mi juventud; tiempo es de que lo sepais todo, y de que yo ceda un lugar en mi corazon para el hijo de la infortunada Maria.

ERN. Ya veis que el secreto no me pertenecia á mi solo.

JUL. Enhorabuena; pero ocultadlo al mundo, padre mio, porque haria recaer sobre vos el ludibrio de su clase.

MAR. El mundo piense lo que quiera, y obre como mejor le plazca; harto tiempo he sido víctima de sus añejas preocupaciones. Dios, en cuya justicia confio, verá que cumplo con mi deber; nunca es tarde para el arrepentimiento.

JUL. No puedo imponer leyes á vuestro corazon; pero puedo evitarme participar de vuestro desdoro; mañana saldré de Madrid, y nunca mas me volvereis á ver.

MAR. Julio! (*admirado.*)

ERN. No es necesario, señor; yo soy el que me marcho. Hay en Florencia una humilde sepultura, sobre la cual nadie vá á arrodillarse ni á verter una lágrima, y que reclama las oraciones de un hijo; allí está mi lugar; me ausento de estos paises, para no amargar con mi presencia la felicidad de mi padre; todo se lo sacrificio; mi reputacion, mi gloria, mis ilusiones... mi amor! Viviré de mis recuerdos. Un solo favor me resta que pedir, y es que acepteis esta memoria, la cual podeis recompensarme con el retrato de mi madre, tesoro para mi de mayor precio que las riquezas del mundo! (*le dá el recibo que firmó David.*)

MAR. Qué es lo que veo! Mis créditos pagados! Un recibo estendido á mi favor!

JUL. Cómo?

MAR. Qué es lo que has hecho?

ERN. El artista habia logrado reunir con su trabajo esta suma; qué mejor destino pudiera darle?

MAR. Terrible leccion, para los que pretenden que la virtud es incompatible con el teatro! Pero tu te condenas por mi á una vida de privaciones, despojándote de cuanto posees!

ERN. Yo trabajaré, señor; el trabajo fortifica el espíritu; y si la fortuna me volviese las espaldas, recitaré versos en las plazas de Florencia, para recoger una limosna!

ESCENA VII.

Dichos, SOFIA y DAVID que han salido al principio de la última reflexion del Marqués.

SOF. No, la fortuna que con el trabajo adquiristeis, y de que os habeis desprendido tan heroicamente, el cielo os la quiere reemplazar; tambien la que pretendo entregaros, es producto de la laboriosidad y de la constancia de un hombre de bien, que la dejó á su hija para compartirla con el desgraciado.

ERN. Cómo? (*casi simultáneamente.*)

MAR. Sofia!

JUL. Qué dice?

SOF. Señor Ernesto de la Cruz, yo os amo, y mi ambicion se cifra en poderme ufanar con el título de esposa vuestra; os dignareis admitir esta mano que os abandono, y con mi mano mi corazon?

ERN. Para ser su esclavo, y para adorarla siempre; ella ha sido mi sueño, bien lo sabeis; y al mirarla perdida, huia con mi dolor, pero idolatrando su memoria.

SOF. Señor Marqués, usando de un derecho que por la ley me es concedido, acepto por esposo á el actor Ernesto de la Cruz; nada me hará cambiar de resolucion. Si en nombre de mi padre quereis sancionar esta union, será mas completa mi felicidad.

MAR. Si, hijos míos, y bendeciros á los dos, rogando al cielo que os conceda lo que tanto mereceis.

JUL. Todo esto será muy heroico; pero tambien es muy ridículo!

MAR. Enmudeced y humillaos, pues no sois digno del bien que os hacen, ni de llamaros mi hijo; tarde ha caido la venda que me cegaba; mas hoy que puedo comparar juzgando, publicaré con orgullo, que entre un noble sin corazon y engreido, y un artista virtuoso y con talento, el artista vale mas.

FIN.

MADRID, 1859.

IMPRESA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, núm. 13.